

# EN EL CENTENARIO DE JULIO BURELL Y CUÉLLAR (IZNÁJAR, 1859 – MADRID, 1919): PERFIL Y HUELLA

Antonio Cruz Casado  
Académico Numerario

---

## RESUMEN

---

### PALABRAS CLAVE

Julio Burell.  
Edad de Plata.  
Bohemia.  
Esperpento.  
Periodismo español en 1919.  
El Cristo de los pobres.

Acercamiento a la figura de Julio Burell y Cuéllar (1859-1919), relevante periodista y político de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, época que suele llamarse la Edad de Plata. Nos ocupamos del interés que ha suscitado su figura en el mundo de la crítica literaria y del periodismo, y su inclusión como personaje episódico en el esperpento *Luces de Bohemia* (1920), de Valle-Inclán, así como del gran interés que provocó en la prensa de la época su enfermedad y fallecimiento, con las alabanzas consecutivas. Finalmente volvemos a editar uno de sus textos más representativos, «Jesucristo en Fornos», en el que la figura de Cristo aparece, en una reunión orgiástica de bohemios, mostrando su interés solamente por los pobres y marginados.

---

## ABSTRACT

---

### KEYWORDS

Julio Burell.  
Silver Age.  
Bohemian.  
«Esperpento».  
Spanish journalism in 1919.  
The Christ of the poor.

Approach to the figure of Julio Burell y Cuéllar (1859-1919), a prominent journalist and politician of the late nineteenth and early twentieth century, a period that is often called the Silver Age. We speak about the interest that his figure has waken in the world of literary criticism and journalism, and his inclusion as an episodic character in the grotesque *Luces de Bohemia* (1920), by Valle-Inclán, as well as the great interest that his illness and death provoked in the press of the time, with subsequent praise. Finally we return to publish one of his most representative texts, «Jesucristo en Fornos», in which the figure of Christ appears, in an orgiastic gathering of bohemians, showing his interest only for the poor and marginalized.

*On voit poindre, en effet, un âge où  
l'homme n'attachera plus beaucoup  
d'intérêt à son passé.*

Ernest Renan

## RECUERDOS Y OLVIDOS EN TORNO A LA FIGURA DEL IZNAJEÑO JULIO BURELL

Precisamente hoy, día 21 de abril de 2019, jueves, se cumplen cien años del fallecimiento en Madrid (21 de abril de 1919, viernes) del ilustre iznajeño don Julio Burell y Cuéllar, que había nacido en la villa de Iznájar el día 1 de febrero de 1859<sup>1</sup>. Han pasado cien años, entre recuerdos y olvidos, en torno al que consideramos un relevante personaje de su época, que se asemeja, en su propio sentir, al «rastros de un pájaro en el aire», como señala en un breve texto autobiográfico, anterior a 1905, pero publicado a raíz de su muerte en la importante revista de Enrique Gómez Carrillo, *Cosmópolis*<sup>2</sup>. Allí escribe:

<sup>1</sup> La transcripción de su partida de bautismo, pocas veces citada, dice así: «DON JOSÉ BERNARDO JUAN LUQUEZ, CURA PÁRROCO DE LA PARROQUIA DE SANTIAGO APÓSTOL, EN IZNÁJAR CÓRDOBA, CERTIFICO: que en el libro de bautismo n° 36, folio n° 12, n° 23, del Archivo Parroquial, se encuentra inscrita la partida, de la cual se deduce: «En la Villa de Iznájar, correspondiente a la Provincia y Obispado de Córdoba, en cuatro días del mes de Febrero de mil ochocientos cincuenta y nueve: Yo D. Juan Romero Chacón, Presbítero, Cura propio de la Iglesia Parroquial del Señor Santiago de la misma, y examinador Sinodal de los Obispos de Jaén, Guadix y Baza, Bautice solemnemente a un niño, que nació el día primero del mismo mes, como a las ocho de la mañana, hijo legítimo de D. Carlos Burell Criado, natural y vecino de esta Villa y hacendado en la misma, y de D<sup>a</sup>. María de la Aurora Cuellar y Montes, natural de Jaén: Abuelos paternos D. Francisco Burell y Cañas y D<sup>a</sup>. María de la Soledad Criado y Pastor, el primero natural de esta Villa de Iznájar, y la segunda de Cabra; y maternos, D. Ángel Cuellar y Moreno, natural de Castellón de la Plana, y D<sup>a</sup>. María de la Piedad Montes y Alvarado, natural de esta referida Villa: Se le puso por nombre, Julio, Cecilio, Francisco de Asís, Ángel de la Aurora, Carlos de la Soledad, Alberto, Adriano, Víctor de los Dolores, Manuel, Ramón, José, Nereo, Mauricio, Evaristo, Roque, Alfonso, Sancho, Patricio, Rodrigo, Lope Martín y Feliz: fue su padrino D. Ángel Cuellar y Montes, soltero, hacendado, natural de Jaén y vecino de esta Villa, a quien advertí el parentesco espiritual y obligaciones que por él contraía, siendo testigos D. Manuel Padilla, D. Cristóbal Gutiérrez y D. Rafael Noques. Y para que conste, extendí y autoricé la presente partida en el libro de Bautismos de esta Parroquia el mismo día, mes y año Ut supra.- Juan Romero Chacón». Y para que conste, expido la presente certificación, que firmo y sello, en Iznájar, a 31 de Enero de 2019». Agradezco a don José Bernardo Juan Luquez la transcripción del documento y las facilidades que nos dio para su consulta in situ.

<sup>2</sup> «Julio Burell, pintado por sí mismo», *Cosmópolis*, núm. 4, abril de 1919, pp. 709-711. El texto autobiográfico lleva la siguiente introducción: «Este ex ministro que acaba de morir fue, más que un gran político, un gran escritor y un gran protector de literatos jóvenes. Tenía una grande alma y una grande inteligencia. / Él mismo trazó, hace años, su noble silueta, olvidándose de haber sido ministro, en las líneas que reproducimos a continuación». *Cosmópolis* se publicó a lo largo de varios años, entre 1919 y 1922. Sobre el escritor guatemalteco, cfr. Edelberto Torres Espinoza, *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante*, Guatemala, F. & G. editores, 2007.

*Julio Burell*<sup>3</sup>, soltero<sup>4</sup>, periodista<sup>5</sup>, andaluz-madrileño, venido al mundo en Iznájar, pueblo medio morisco de la provincia de Córdoba. En el instituto cordobés de la Asunción<sup>6</sup>, y en otro li-

<sup>3</sup> Mantenemos en el texto las cursivas del original.

<sup>4</sup> El texto debe haberse redactado con anterioridad al día 6 de octubre de 1905, porque en la fecha citada Burell contrae matrimonio con la señorita María Luis de Mata y Regüeíferos, tal como leemos en el *Heraldo de Madrid*, 7 de octubre de 1905, p. 3, en la sección «Noticias generales»: «Ayer, en la capilla reservada de la parroquia de la Concepción (barrio de Salamanca) contrajeron matrimonio nuestro ilustre compañero D. Julio Burell y la distinguida señorita María Luisa de Mata y Regüeíferos, hija de los condes de Torre-Mata y nieta del ilustre general Mata y Alós, ministro que fue de Guerra y Marina. Los señores de Burell salieron anoche para Andalucía». La esposa de Burell había nacido en Madrid, el día 3 de junio de 1875 (el marido le llevaría unos catorce años) y fue nombrada condesa de Torre Mata en enero de 1911, cfr. ABC, 21 de enero de 1911, p. 6, «Ecos y noticias de sociedad». Para 1914, el matrimonio tenía ya tres hijos, un niño y dos niñas, según vemos en la foto que acompaña la entrevista que le hace «El Caballero Audaz», el día 7 de enero de 1914, en la revista *Mundo Gráfico*, correspondiente a la fecha citada. Por lo que respecta a los hijos de Burell (llamados José, Consuelo y Aurora), tenemos noticias varias, especialmente de Consuelo, que había nacido en Madrid, el día 7 de enero de 1911, fue Catedrática de Lengua y Literatura en varios institutos y tuvo problemas de depuración a raíz de la guerra civil española. En 8 de marzo de 1953, tras el fallecimiento de su madre, reclama el título de condesa de Torremata, cfr. BOE, 71, 12 de marzo de 1953, p. 1365, puesto que su hermano mayor, José, estaba exiliado en Francia, a raíz de la derrota republicana, y también Aurora se encontraba en la misma situación, pero en Santo Domingo. Consuelo Burell, que preparó una edición muy divulgada de las poesías de Garcilaso de la Vega (Madrid, Cátedra, varias fechas, pero publicada previamente en Anaya, 1961), fallecería en Madrid, el día 4 de mayo de 1990; su esquila mortuoria se encuentra en el diario ABC, 5 de mayo de 1990, p. 112. Para todos estos datos hemos tenido en cuenta la importante tesis doctoral, consultada on line, de María Poveda Sanz, *Mujeres y enseñanza en Madrid (1931-1939). El personal docente femenino en los institutos de bachillerato*, Universidad Complutense de Madrid, 2014, pp. 563-567 especialmente, aunque hay noticias sobre la misma en muchos lugares del texto.

<sup>5</sup> Sobre la labor de Burell como periodista es ahora fundamental el esclarecedor artículo de Juan Carlos Sánchez Illán, «Julio Burell, periodismo y política en el laberinto de la Restauración», *ibid.*, pp. 49-63.

<sup>6</sup> De su presencia y actividad en este centro educativo cordobés da fe Francisco Alcántara, «La calle de Luis Valenzuela», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 8, 1924, pp. 139-138, artículo que cita a Burell y a varios condiscípulos: «España volvía a ser grande y Córdoba, en nuestra ambición, marcharía por la posta a un apogeo fantástico [el momento evocado puede referirse a los años 1873-74, aproximadamente, la época de la primera república española]. Eran aquellos muchachillos alumnos de tercero o cuarto años del bachillerato, Julio Burell, José Sanchez Guerra, Luis Valenzuela, Antonio Terrova, Martín Barrios, Vasconi y Aros, y el que esto escribe; a ratos estudiantes, rabonistas algún día de excursión y curioso camino de la sierra o por las ruinas y antiguallas urbanas, y ya en aquellos tiempos periodistas, redactores de una publicación semanal. Córdoba ya tenía su chimeneón», p. 139; «Del paseo del Gran Capitán existía el arranque, las primeras trescientas varas (aun no prevalecía el sistema

bre de Loja, y en el de Málaga, por último, hizo como que estudió la segunda enseñanza; en la Universidad de Madrid hizo lo propio con el Derecho y la Filosofía. Entre suspensos y aprobados, y balbuceos líricos, y emborronamiento de artículos impublicables, y *juergas* literario-filosófico-políticas en la *Cacharrería* del Ateneo<sup>7</sup>, acabó por imitar a Tirabeque<sup>8</sup>: esto es, tiró los libros y se metió a predicador.

métrico) sobre el solar del antiguo convento de San Martín, y no quiero callarme este recuerdo: encaramado a guisa de tribuna, en una de las piedras a medio labrar de las que habían de ser asientos del paseo, Julio Burell se nos reveló a los de la pandilla, a los pocos días de llegar de su pueblo, recitando magistralmente unas estrofas revolucionarias de cierto poeta montillano, con aquel énfasis oratorio petulante, mezcla de candidez y osadía, que fué el rasgo más persistente de su espíritu. Ya llevábamos aunque tan niños, en el fondo de nuestros corazones la idealidad legendaria española, y la milagrosa historia de la ciudad», *ibid.*; «Aquel impulso provinciano de idealidad y de romanticismo, es en Madrid donde ha conducido a la cumbre de la política y de la gobernación de España a José Sánchez Guerra, y el mismo que estimuló a Burell, arrebatado tan a deshora por la muerte», *ibid.*, p. 140.

<sup>7</sup> Se refiere el autor a un conocido lugar de debate en el Ateneo de Madrid, frecuentado especialmente por los jóvenes. La figura de Burell aparece asociada con este recinto en muchas ocasiones, como se recuerda en el momento de su fallecimiento: «Llegado a Madrid, pronto se distinguió en la famosa *Cacharrería* del Ateneo, donde su talento fue unánimemente reconocido. Pero su vocación le llevó a cultivar exclusivamente el periodismo. Un artículo especialmente, le valió un triunfo. Se titulaba «Jesucristo en Fornos», y el acierto fue tal, que consolidó la fama de su autor. Por cierto que a él no le gustaba el artículo, y años después le molestaba que se lo recordasen, y... con razón», Fernando Soldevilla, *El año político. 1919*, Madrid, Imprenta de Julio Cosano, 1920, p. 69. Para la historia de este centro cultural madrileño, cfr. Rafael M. de Labra, «El Ateneo de Madrid», *Revista Contemporánea*, núm. 8, 1877, pp.149-175, con diversas continuaciones; con respecto a la Cacharrería escribe este comentarista: «La biblioteca difícilmente sería la mitad de la actual, y pienso que no existía el alegre saloncito que por su artístico menaje y el juvenil ardor de sus habituados hoy se llama la *cacharrería*», *ibid.*, p. 160. Sobre la actividad del joven periodista en el Ateneo, cfr. Luis Lavaur, «Julio Burell y su Ateneo (1859-1919)», *El Ateneo. Revista del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid*, núm. VIII, marzo de 1997, pp. 111-118.

<sup>8</sup> Quizás se trate de un personaje llamado Pelegrin Tirabeque, muy conocido en los ámbitos del periodismo político del siglo XIX, que acompaña a Fray Gerundio en sus viajes y en diversas situaciones, dialogando con él como lo haría Sancho con Don Quijote. Tirabeque se anuncia ya en el primer número del periódico *Fray Gerundio. Periódico satírico de política y costumbres*, Madrid, Imprenta de Mellado, 1839, p. 5 [aunque se publicó originariamente en los meses de abril, mayo y junio de 1837, la de 1839 es la segunda edición]; allí se dice que fray Gerundio estará acompañado de otros personajes, como el padre Platiquillas, fray Curro y el maestro Circumloquio, además de «un lego tuno, / un lego marrullero también tiene, / pues función sin tarasca no está en uso, / que ocurrencias tendrá de dos mil diablos». Sobre esta publicación hemos visto el estudio de María Dolores Alonso Cabeza, «El otro Fray Gerundio», *Tierras de León*, núm. 46, 1982, pp. 17-32. Así aparece caracterizad en este trabajo: «Al lado del

Y añade algo después:

No ha publicado ningún libro. No ha traducido ningún drama. No tiene por esas librerías un pedazo de novela. No pertenece a ninguna corporación académica. No goza de la menor jerarquía en la Administración pública.

Luego concluye:

Lo único cierto es que de «un escritor al día» [es decir, de un periodista] ha de quedar, en todo caso, bastante menos que el rastro de un pájaro en el aire.

Uno de los rasgos de la personalidad de Burell, que nos lo hace cercano, es el recuerdo frecuente de su tierra natal: «un rincón de Andalucía, jamás borrado ni desvanecido por la distancia ni por el tiempo»<sup>9</sup>, escribe en un artículo de 1899, «Pidiendo gracia». No olvida tampoco a la venerada Patrona del pueblo, evocada así, en el mismo texto:

Y el pueblo entero, las mujeres llorosas de emoción en los engalanados balcones, los niños puestos en alto en brazos de sus madres, los viejos en éxtasis, los jóvenes afirmando la creencia en una belleza ideal y en un misterio inefable, saludan el paso de la Virgen, la Virgen de Septiembre, la Virgen de la Piedad, la que sobre sus doradas andas, llevadas por la trémula muchedumbre, es para aquellas almas sencillas espiga en el estío, racimo en el otoño, almendro en flor, olivar en fruto – la que sana al enfermo, la que consuela al afligido, la que acompaña al caminante, la

---

fraile sensato, razonador, inteligente, equilibrado, coloca el autor a un simple lego, espontáneo, ingenuo, con frecuencia cómico, cuyas intervenciones dan un marcado carácter popular al relato llegando muy pronto a la masa de los lectores, que reían los chistes y esperaban los ingenuos comentarios del amor Fray Gerundio y del lego Peregrín Tirabeque, a los diversos sucesos del momento. Tirabeque es de menor edad, de baja estatura y algo más grueso, tiene una pierna más larga que la otra y disimulaba su cojera con un zapato de cinco suelas. Es el lego fiel que atiende a las necesidades domésticas, procede con sencillez, mezclada a veces con bondadosa picardía, y le gusta encontrar el momento oportuno para satisfacer «su incorregible locuacidad» con el amo», *ibid.*, p. 20.

<sup>9</sup> En la publicación del *Heraldo* el artículo tiene otro título: Julio Burell, «Reo de muerte», *Heraldo de Madrid*, 22 de agosto de 1899, p. 1, y lleva la siguiente introducción: «En Iznájar (Córdoba) debe de ser pronto ejecutado un reo de muerte. Con este triste motivo, nuestro antiguo compañero D. Julio Burell, que nació en aquel pueblo, dirige a la Reina la siguiente petición de indulto, en la que ha puesto, no sólo las gallardías de su pluma, que esto es natural en él, sino parte de su alma, como lo requiere el asunto. /Con mucho gusto insertamos la petición sentidísima: pero con mucho más publicaremos la noticia de que el indulto ha sido concedido». Como se sabe, la petición de indulto no tuvo éxito y el reo fue ajusticiado en Iznájar.

que protege al soldado, la que vela sin dormirse jamás a la cabecera del moribundo...

Nos parece percibir un marcado fondo romántico en muchos textos del escritor, porque Burell pertenece por edad y formación a la última generación romántica española, la que se desarrolla en la segunda mitad del siglo XIX y que tiene como centro a Gustavo Adolfo Bécquer, cuyas *Rimas* se publican en edición póstuma en 1870, y que cuenta con autores muy considerados en su momento<sup>10</sup> como Gaspar Núñez de Arce, cuya colección *Gritos del combate* es algo posterior, de 1875. El escritor cordobés está publicando en los periódicos de entonces una mediana colección de poemas, influidos por Bécquer casi siempre, desde 1876, con unos 17 años, labor que continúa durante bastante tiempo pero que nunca concretó en el libro prometido, que se iba a titular *Crepúsculos*<sup>11</sup>.

En su momento fue un personaje muy conocido y valorado por los intelectuales y en la posteridad inmediata también se le recuerda de forma positiva, es lo que vemos por ejemplo, en alguna página del escritor Prudencio Iglesias Hermida, cuando escribe, en un volumen de 1918:

Repaso una colección de periódicos un poco viejos. Salta la firma de Julio Burell y leo distraídamente unos párrafos primeros. La sorpresa me clava en el suelo. ¿Es posible que este hombre sea ministro? Un ministro es un ser gris, y este Julio Burell es un escritor estupendo, el primer periodista de su época.

Su prosa, rotunda y concisa, relampaguea. Su juicio tiene el brillo y el corte de una cinta de acero. Su estilo es único por la pompa solemne y el sencillo y genial ornamento.

Se siente el impulso de saludar con la espada a Julio Burell, último Condestable de las letras<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Para el panorama poético del momento es importante el libro de Marta Palenque, *Gusto poético y difusión literaria en el Realismo español*, Sevilla, Alfar, 1990, en el que la autora analiza la presencia poética en la publicación *La Ilustración Española y Americana*, aunque Burell está ausente de sus páginas.

<sup>11</sup> De esta forma se refiere al asunto el periódico *El Eco de Europa*, correspondiente al día 10 de febrero de 1877, en la sección «Variedades» (página final), tras señalar que el poeta sevillano Narciso Campillo tiene preparado un volumen de versos para la imprenta: «También el joven e inspirado poeta andaluz D. Julio Burell, publicará en breve un tomito de poesías con el título de *Crepúsculos*». El iznajeño andaba entonces por los dieciocho años de edad.

<sup>12</sup> Prudencio Iglesias Hermida, «De las armas y las letras», *Gente extraña*, Madrid, Imprenta Alburquerque, 1918, p. 182. Como respuesta y complemento de este texto (el artículo original de Iglesias Hermida, «Gente extraña. De las armas y las letras», *El Liberal*,

Burell es recordado ahora, en ocasiones, por su feminismo incipiente<sup>13</sup>, no muy comprometido (como tampoco lo sería el feminismo de otro iz-

26 de marzo de 1917, p. 2), recordemos el artículo de Luis López Ballesteros, «Mucho más que *Corazón* y que *Jesucristo en Fornos*», *El Día*, 28 de marzo de 1917, p. 1, en el que el crítico escribe: «La obra periodística de Julio Burell es extraordinaria en calidad y en cantidad. Con sus artículos, ¿qué número de volúmenes podría formarse? Yo creo que no es hiperbólico decir que un centenar. Y este periodista de raza no ha cultivado ningún otro género literario. «Corazón» y «Jesucristo en Fornos» son dos «casualidades». Por ser periodista, en todo, Burell no ha coleccionado ni siquiera una docena de sus artículos. No tiene lista de obras, no encontraréis ni un solo libro suyo. Ha confiado, mejor diríamos condenado, su bella prosa a la fragilidad de sus hojas de papel que como las rosas del poeta nacen y mueren en el espacio de una mañana...». Son muy abundantes los testimonios positivos acerca de la figura y la obra de Burell; recordemos al respecto uno que nos parece poco citado, el de su propio secretario, cuando el iznajeño ocupó el cargo de Ministro de Instrucción Pública y Bellas Letras (por segunda vez, de 1915 a 1917), es decir, el de Natalio Rivas, que comenta lo siguiente: «La prosa de Burell, resplandeciente y magnífica, resonante, avasalladora y rica en imágenes, cegaba con sus luminosidades deslumbrantes. Maestro consumado en el manejo del tropo, que a tantos escritores hace caer en el amaneramiento y la pedantería, supo usarlos con asombrosa frecuencia, sin que padeciese la galanura de la frase, ni resultara menoscabada la aristocrática elegancia de la locución, que fue su especial característica. / Su cultura extensa y variada, aunque adolecía de falta de método y ordenación, era barajada y distribuida por su esclarecido talento con tan rara habilidad que a veces daba la sensación de ser profunda y enciclopédica. Artista inimitable de la pluma, sus artículos brillaron con peculiaridad inconfundible, creando a su alrededor verdadera legión de admiradores. / No decayó un instante en su carrera triunfal, manteniendo su vuelo en las alturas sin desmayos ni abatimientos», Natalio Rivas, «Burell – Cavia», *Anecdotario histórico*, Madrid, Aguilar, 1960, pp. 359-360.

<sup>13</sup> El feminismo de Burell pasa a formar parte de algún relato más o menos de ficción, como el titulado «Las trenzas», de Domingo Cirici, del que seleccionamos algunos párrafos: «Los empleados del ministerio de Instrucción pública subían las escaleras después de haber despedido cariñosa y efusivamente a D. Julio Burell al cesar éste en su anterior etapa. [...] El nuevo ministro acababa de entrar en el despacho, y no teniendo nada que firmar ni qué hacer, porque Burell lo había dejado todo hecho, se entretuvo en realizar un inventario mental de los muebles y objetos que quedaban en la sala. [Se encuentran unas trenzas]. Desde luego el pelo no era de su antecesor Burell, ni del subsecretario, ni de ningún jefe de Negociado. Sólo una dama, algo coqueta, podía gastar tan enormes postizos color de castaña. ¿Quién sería la dama? [...] Tratándose de postizos de señora, sólo podían pertenecer a cualquiera de las distinguidas catedráticas recientemente nombradas por Burell que hubiesen acudido al ministerio para ventilar algún asunto pedagógico de gran urgencia. [...] Don Amós no se arredró, sin embargo, y metiendo las trenzas dentro de una caja de cartón, por medio de un ordenanza las envió a la «Colombine». Poco después el ordenanza regresaba con la caja, diciendo que la señora «Colombine» había asegurado que aquel pelo no era suyo. Lo mismo declararon las demás catedráticas. [...] Rindiendo justo tributo a su condición de hombres agradecidos, debemos hacer constar que el personal de Instrucción pública saluda con grandes muestras de respeto aquella mata de pelo castaño, en la que ven un símbolo de la gestión de Burell, el primer ministro esencialmente feminista que ha

najeño, protegido a su vez de don Julio, el escritor Cristóbal de Castro Gutiérrez, 1874-1953, por simple cuestión de amistad y paisanaje), pero nuestro ministro impuso su voluntad, su santa voluntad, en el momento de hacer que la mujer entrase a dar clase en la Universidad. Es lo que sucede en el caso de doña Emilia Pardo Bazán, que fue nombrada por decreto catedrática (o catedrático, como se decía entonces y hasta hace no mucho tiempo) de la Universidad Central de Madrid<sup>14</sup>. Burell firma el decreto, en 1916, aunque el escaso éxito obtenido hace que doña Emilia abandone paulatinamente sus tareas universitarias<sup>15</sup>.

---

producido la democracia española. Los trenzas se conservarán en la casa dentro de una vitrina comprada por suscripción entre todos los empleados, y ¡oh efímera consistencia de las obras humanas!, dentro de unos años, esos postizos de mujer serán seguramente el único recuerdo que subsista de la obra de D. Julio Burell al frente del ministerio de Instrucción pública», Domingo Cirici Ventalló, *Sátiras políticas*, Madrid, Imprenta «El Correo Español», 1916, pp. 115-118. Como podemos comprobar, el escritor catalán se equivoca radicalmente por lo que respecta a las afirmaciones de las últimas líneas, puesto que Burell ha dejado muchos más recuerdos positivos.

<sup>14</sup> La propia escritora firma muchos de sus artículos de la etapa final añadiendo a su nombre: «Catedrático de literatura contemporánea de la Universidad Central», por ejemplo, en el texto «Un poco de crítica. Bohemia literaria», ABC, 5 de enero de 1920, p.3, entre varios más. En el momento de su designación, se nos da noticia demorada del tema: «La Sr. Pardo Bazán, catedrático», *Revista General de Enseñanza y Bellas Artes*, 1 de marzo de 1916, pp. 3-4. Entre los diversos trabajos sobre la cuestión cfr., el reciente estudio de Narciso de Gabriel, «Emilia Pardo Bazán, las mujeres y la educación. El Congreso Pedagógico (1892) y la Cátedra de Literatura», *Historia y Memoria de la Educación*, 8, 2018, pp. 489-525, consulta on line. La preocupación de Burell sobre la educación y la mala formación que recibían los estudiantes en la universidad española se ve en diversos artículos y disposiciones legales, alguno tan antiguo como el titulado «La metamorfosis de un doctor (La universidad en la vida social)», *El Guadalete*, 26 de agosto de 1892, p. 1.

<sup>15</sup> He aquí los recuerdos de uno de sus alumnos, Pedro Sáinz Rodríguez: «[Doña Emilia] fue nombrada profesora del doctorado sin oposición, como había ocurrido ya en otros casos; se la nombró profesora de literaturas neolatinas. En realidad la literatura que explicó fue la francesa. Esta asignatura era voluntaria y, por tanto, ningún alumno se gastaba el dinero en matricularse. Pero, al acabar mi licenciatura, me encontré con que había sacado matrículas de honor suficientes y aún me sobraba una; en vista de esto la apliqué a la cátedra de doña Emilia.

Doña Emilia tuvo que pasar por la preocupación de que, siendo profesora catedrático o catedrática —como se discutió mucho entonces en los periódicos— de literaturas neolatinas, no tenía alumnos; era un catedrático sin alumnos. Esto se remediaba porque las conferencias, que recuerdo eran alternas, debido a la personalidad de doña Emilia, tenían un público ajeno a la universidad. Ella, para asegurarse de todas maneras una concurrencia y no tener que cerrar la cátedra por absoluta carencia de oyentes, invitaba a un buen número de muchachas y señoritas de la buena sociedad, amigas suyas; de manera que la cátedra de doña Emilia, hasta que yo llegué, fue una cátedra extra-universitaria; no había ni un solo alumno matriculado oficialmente.



Tampoco conseguiría la eximia gallega entrar a formar parte de la Real Academia de la Lengua, intento que provocaría las burlas de muchos académicos entre los que se encuentra nada menos que don Juan Valera, que tildaba a la noble dama de «sandía con patas»<sup>16</sup> o «morcón»<sup>17</sup>, en sus cartas personales. Como se sabe, el hecho es que doña Emilia fue rechazada en la Real de la Lengua, en escrito firmado el día 18 de abril de 1912; pero he aquí, y es posible que esta concatenación no se haya tenido en cuenta, algunos meses después, el día 16 de noviembre de 1912 es propuesta en la Academia de Córdoba y aceptada como tal el día 23, como académica correspondiente en Madrid<sup>18</sup>, y al año siguiente se la propone

---

Por eso, cuando le comunicaron que en aquel curso contaba con un alumno oficial, su alegría y asombro no tuvieron límites y me acogió en palmitas, como algo caído del cielo.

Recuerdo muy bien las clases de doña Emilia. No hablaba; llevaba unas notas muy largas y abundantes que leía, diciendo algunas frases para enlazar las notas entre sí; en realidad era una clase de lectura más que una clase hablada; trataba de literatura francesa y seguía fundamentalmente el manual de Brunetière. Recuerdo que una de aquellas señoritas, que estaba sentada junto a mí, un día me dijo en voz baja:

—Pero usted no toma nota de lo que dice doña Emilia...

—Señorita —le susurré—, tengo el libro de Brunetière, que es lo que está recitando.

A la salida de clase, doña Emilia se quedaba sola conmigo y me invitaba a dar un paseo en su hermoso landó con dos caballos por el paseo de coches del Retiro. Yo aceptaba muy gustoso; luego tomábamos un helado en una especie de pastelería o confitería que había en el paseo de coches, entrando por la calle de Alcalá, a la izquierda, y siempre surgía una ligera discusión porque doña Emilia me quería convidar; yo le hacía ver lo feo que hubiera sido que una señora me pagase la merienda, y eran muchas las bromas que gastábamos sobre esto», «Emilia Pardo Bazán», *Semblanzas*, Barcelona, Planeta, 1988, p. 15.

<sup>16</sup> En una carta dirigida a Alfred Morel-Fatio, fechada en Madrid, el 29 de junio de 1891, Valera comenta: «Quien ha inventado la tramoya [la entrada de la mujer en las Academias] y promovido la zalagarda para que el sexo femenino se *immortalice* es la Pardo Bazán, muy bulle-bulle, aunque parece una sandía con patas», Juan Valera, *Correspondencia. Volumen V, 1888-1894*, ed. Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, Madrid, Castalia, 2006, p. 336. La cursiva en *immortalice* está aludiendo al carácter de *immortales* que suele asignárseles a los componentes de algunas academias.

<sup>17</sup> A don Marcelino Menéndez Pelayo, escribe desde Viena, el 10 de febrero de 1894: «me he leído de un tirón, y admirándola, la última novela del morcón de doña Emilia, cuyo naturalismo despiadado y grotesco me repugna a par que me fuerza a conocer [sic, por reconocer?] su fidelidad y verdad», Juan Valera, *Correspondencia. Volumen V, 1888-1894*, ed. Leonardo Romero Tobar, María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, op. cit., p. 637. Por entonces, 1894, está publicando doña Emilia la novela *Doña Milagros*, en la revista *La España Moderna*.

<sup>18</sup> Véase al respecto el importante artículo de María José Porro Herrera, «Primeras académicas de la Real Academia de Córdoba», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 152, 2007, p. 147 y ss.

como vocal de la Comisión Permanente de nuestra Academia en Madrid, donde también figuraba como vocal Julio Burell.

En contraposición a doña Emilia, sí estuvo a punto de ser académico numerario de la docta institución madrileña Julio Burell, y de hecho fue nominado para la vacante de la silla e, en 1918, ocupada antes por José Echegaray (fallecido el 14 de septiembre de 1916), pero la muerte impidió a nuestro paisano obtener ese honor completamente, en su integridad. La silla indicada fue ocupada más tarde, en 1920, por don Gabriel Maura Gamazo.

Nuestro personaje, cuando fue ministro de Instrucción pública, se ocupa de numerosas cuestiones prácticas que afectaban a los docentes de entonces, como el hecho de subir a mil pesetas el sueldo de los maestros<sup>19</sup>. Tampoco se olvida de los escritores pobres y ancianos y, en beneficio de muchos de ellos, crea el Instituto Cervantes con la finalidad expresa de «remediar el infortunio de los escritores pobres»<sup>20</sup>, hermosa idea que no tendría continuidad alguna en el tiempo, según hemos visto y vemos situaciones de pobreza y olvido en muchos de nuestros mejores cerebros.

Hay eslabones en esa cadena de recuerdos que hacen que este hombre del 98, con una clara preocupación por España, como sus importantes compañeros de generación (Unamuno, Azorín, Antonio Machado, etc), se haya mantenido en la memoria de algunos creadores y estudiosos, lo que ha propiciado que haya cierta continuidad bureliana, poco marcada y menos conocida, en el panorama cultural español. Así aparece como personaje en clave en un texto tan importante como *Luces de Bohemia*, de Valle Inclán, en 1920 (Burell había muerto el año anterior, como venimos indicando), bajo el esperpéntico ministro don Paco, distorsionada figura que ayuda al desgraciado bohemio Max Estrella, que esconde a su vez al sevillano Alejandro Sawa, algo más joven. El esperpento de Valle tiene una edición en libro poco después, en 1924, pero esa escena permanece sin cambios.

<sup>19</sup> Entre otras referencias, puede consultarse el artículo «A los maestros nacionales», *El Defensor de Granada*, 27 de abril de 1919, p. 4; como autor del texto, lleva las iniciales B. J. A. Burell hace pocos días que ha fallecido. Los maestros celebran un banquete en honor del ministro, de lo que ha quedado testimonio gráfico, cfr., «Notas gráficas madrileñas», *Mundo Gráfico*, 3 de abril de 1918.

<sup>20</sup> Vid., por ejemplo, el artículo «El Instituto Cervantes», *La Publicidad*, 28 de marzo de 1916, p. 2. De la preocupación de Burell por las personas mayores, tenemos noticias desde su etapa de gobernador en Toledo; véase al respecto la noticia «Plausible energía de un gobernador», *El Guadalete*, 17 de enero de 1901, p. 1.

Y en 1925, el periodista José Francos Rodríguez prepara una edición de los artículos más significativos de Burell, con lo que se cierra prácticamente la línea de recuerdos editados del periodista iznajeño

Será en 1962, en el discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua, cuando el crítico Alonso Zamora Vicente, luego secretario perpetuo de la institución, ponga de relieve que tras el ministro de *Luces de Bohemia* se esconde Julio Burell, puesto que la obra puede ser interpretada con determinadas claves y personajes; y así escribe:

La minoría lectora, el público en que piensa Valle Inclán, reconoce al Ministro de *Luces de bohemia*. Se trata de Julio Burell, periodista amigo de los intelectuales, el que nombró a Valle Inclán profesor de Estética de la Escuela de Bellas Artes, en 1916. Burell fue ministro de la Gobernación en 1917, de abril a junio, en que, bajo el Gobierno Dato, le sucedió en el Departamento Sánchez Guerra. Volvió a ser Ministro de Instrucción Pública en noviembre de 1918, también muy fugazmente. (Ya no lo es en enero de 1919). Se trata, pues, de una de esas sombras que pueblan la trágica mojiganga. Pero su trato con los escritores, sus favores a varios de ellos, su acusada personalidad de hombre de letras en un sentido general, vocación arrinconada quizá por la política, se ve bien palpablemente en el personaje del esperpento. Sobre todo eso: el contraste entre una vocación y una forma de vida más brillante, pero quizá envuelta en sutiles purpurinas<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> Alonso Zamora Vicente, *Asedio a «Luces de Bohemia», primer esperpento de Ramón del Valle Inclán*, Madrid, Real Academia, 1967, pp. 29-30; el discurso fue leído el día 18 de mayo de 1967 y respondió al mismo el también académico Rafael Lapesa. Este texto dio origen a un conocido libro del mismo Alonso Zamora Vicente, *La realidad esperpéntica. Aproximación a «Luces de Bohemia»*, Madrid, Gredos, 1974, con alguna otra aportación posterior en la misma línea: «Nuevas precisiones sobre *Luces de Bohemia*», en Pedro M. Piñero y Rogelio Reyes, eds., *Bohemia y literatura. De Bécquer al Modernismo*, Sevilla, Universidad, 1993, p. 14, donde sigue manteniendo la presencia de Burell en la figura del Ministro. En la misma línea se encuentra la interesante y documentada aportación de Jesús Rubio Jiménez, *Valle-Inclán, caricaturista moderno. Nueva lectura de «Luces de Bohemia»*, Madrid, Fundamentos, 2006, pp. 139-141, especialmente; en el mismo sentido se manifiesta Antonia Roberto Pérez, *Esperpentización en «Luces de Bohemia»*, Granada, Alhulia, 2006, pp. 182-183 y p. 226 para el personaje en clave. En nota, señalaba Zamora Vicente, en su discurso de 1967, alguna discordancia con respecto a la identificación de Julio Burell con el Ministro de *Luces de Bohemia*: José Cepeda Adán, «El fondo histórico de *Luces de Bohemia*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-agosto, 1966, p. 241, que propone como figura real para la creación del personaje en clave a Augusto González Besada, también fallecido en 1919 y que fue ministro de Hacienda (1903), Gobernación (1905), Fomento (1907-

Después, con el lento paso del tiempo, en su pueblo natal nos hemos ocupado del periodista, escritor y político que fue, en varias ocasiones; en artículos y trabajos de investigación<sup>22</sup>, que apenas han traspasado el ámbito

1908); también sería académico de la Real Academia Española y toma posesión el 7 de mayo de 1916. Burell fue elegido como académico numerario en 1916, para ocupar el sillón de la letra e, pero no llegó a tomar posesión.

<sup>22</sup> Entre nuestras aportaciones personales, desarrolladas a lo largo de muchos años, podemos citar como más significativas, referidas también a la época y a autores del mismo contexto cultural: «Manuel Bueno y su visión novelesca del 98» en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Madrid, 1998*, ed. Florencio Sevilla y Carlos Alvar, Madrid, Castalia, 2000, vol. II, pp. 150-155; «Algunas muestras de poesía anarquista en Espejo», en Miguel Ventura Gracia, coord., *Espejo. Apuntes para su historia*, Espejo, Ilmo. Ayuntamiento, 2000, pp. 239-246; «José María Carretero Novillo, 'El Caballero Audaz' (1888-1951) y la novela erótica», en Manuel Galeote, ed., *Andalucía y la Bohemia Literaria*, pról. Lily Litvak, Málaga, Argual, 2001, pp. 69-96; «Y en mi interior ¡Verlaine...! (Sawa, Darío y la literatura finisecular francesa)», en *Almirez*, 11, 2001-2002, pp. 127-142; también publicado en *Revista Tanit. Materiales para la cultura*, Málaga, núm. 1, *Monográfico Alejandro Sawa y el fin de siglo*. Volumen I. Artículos, diciembre 2005, pp. 69-79; «El perfume y la moda (*Aromas de nardo indiano que mata y ovonia que enloquece*, de Antonio de Hoyos y Vinent)», en María Isabel Montoya Ramírez, ed., *Moda y sociedad. La indumentaria: estética y poder*, Granada, Universidad, 2002, pp. 187-195; «César González-Ruano y los escritores eróticos y bohemios del primer tercio del siglo XX», en *Vida, pensamiento y aventura de César González-Ruano*, ed. Carlos X. Ardavín, Gijón, Libres del Pexe, 2005, pp. 164-180; «Julio Romero de Torres y las tertulias literarias de su tiempo», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, LXXXIV, n° 149, julio-diciembre, 2005, pp. 73-82; *Bohemios, raros y olvidados (Actas del Congreso Internacional celebrado en Lucena, Córdoba, del 4 al 7 de Noviembre de 2004)*, coord. y ed., Antonio Cruz Casado, Córdoba, Diputación Provincial / Ayuntamiento de Lucena, 2006, «El Cristo de los pobres (A propósito de 'Jesucristo en Fornos' [de Julio Burell])», en Manuel Galeote, *Los artículos de Julio Burell*, Iznájar, Letras de la Subbética, 2007, pp. LXXIII-LXXVII; «El Señor Ministro no es un golfo. La huella de Julio Burell en *Luces de Bohemia* (1920), esperpento de Valle-Inclán», en Lily Litvak y otros, *Retorno al Café de Fornos. Sesquicentenario de Julio Burell (1859-2009)*, ed. Manuel Galeote y Antonio Cruz Casado, Iznájar, Letras de la Subbética, 2010, pp.23-47; «Julio Burell periodista y político: dos calas en sus relaciones humanas (Emilia Pardo Bazán y Francisco de Paula Canalejas Casas)», en *Crónica de Córdoba y sus pueblos. XVII*, ed. Juan Gregorio Nevado, Córdoba, Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales / Diputación Provincial, 2011, pp. 255-262; «Los orígenes de la bohemia en España: *El frac azul* (1864), de Enrique Pérez Escrich (Valencia, 1829 – Madrid, 1897)», en *Actas del XXXVII Congreso Nacional de Cronistas Oficiales (Valencia, 14-16 de octubre de 2011)*, Valencia, RAECO, 2012, pp. 287-295; «Eduardo Zamacois y *El otro* (1910). La literatura fantástica y de terror en la Edad de Plata», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 161, enero-diciembre, 2012 (2013), pp. 265-282; «Rubén Darío fantástico: la atracción por el mundo del misterio (Un ejemplo y sus deudas)», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 165, enero-diciembre, 2016, pp. 351-367, etc.

local, en la reedición de sus *Artículos* (2008), con diversos estudios introductorios, y en un pequeño volumen, también de aportaciones críticas, de Julio Burell (2010), en cuidadas ediciones de Manuel Galeote, así como en otros ensayos o acercamientos divulgativos que han propiciado que el centenario del personaje no pase por completo desapercibido para el mundo intelectual de ahora mismo. Entre lo más destacable que se ha hecho hasta el momento figura un monográfico<sup>23</sup> de *Ánfora Nova*, en el que se encuentran recopiladas diversas aportaciones, antiguas y actuales, que acercan al lector a la vida y la obra de un iznajeño, de un cordobés, que desarrolló una labor importante o, al menos, significativa en su momento histórico. Hay pendiente de edición algún otro trabajo de relevancia, como la interesante recopilación de José Luis Lechado, *Julio Burell, poesía y narrativa. 1875-1889*, que lleva fecha de septiembre de 2017, en el volumen original.

Cuando fallece una persona se ha cumplido su ciclo en lo que a aportaciones personales se refiere; es en ese momento, no en la fecha de su nacimiento, cuando se valora la trascendencia de su trayectoria vital; se habla entonces de sus aciertos y también de sus errores. Por eso, puede resultar esclarecedor ver lo que reflejaban los periódicos nacionales en el momento en que tiene lugar la enfermedad, el fallecimiento y el entierro del intelectual en cuestión. Es lo que intentaremos apuntar en las líneas que siguen.

#### NOTICIAS DE LA ENFERMEDAD Y MUERTE DE BURELL EN LOS PERIÓDICOS DE LA ÉPOCA

Tenemos constancia escrita de que todos los periódicos madrileños estuvieron pendientes de la última enfermedad y de la muerte de don Julio Burell. He aquí, por ejemplo, como se hacía eco detallado de la triste premonición la página sexta del diario *La Correspondencia de España*, del jueves 20 de febrero de 1919, bajo el título de «El Sr. Burell, muy grave»:

Ayer de mañana circularon noticias muy alarmantes acerca del estado del Sr. Burell. Desgraciadamente, no eran infundadas. El Sr. Burell había pasado una noche malísima, y su estado de posturación inspiraba muy serios temores. El parte facultativo de ayer decía: «El Sr. Burell ha empeorado, habiéndose acentuado los síntomas cerebrales urémicos. La familia no recibe». Celebraríamos muy sinceramente que los temores no se vean confirmados.

<sup>23</sup> *Julio Burell (1859-1919). Una pluma luminosa de la Edad de Plata*, ed. Antonio Cruz Casado, Manuel Galeote, Juana Toledano Molina, núms. 115-116, 2018.

Y, tras el epígrafe *Se acentúa la gravedad*, el anónimo periodista añadía:

En el Congreso, al propio tiempo que era objeto de todas las conversaciones la noticia relativa al atentado contra Clemenceau, se supo con verdadero sentimiento que el Sr. Burell se había agravado en términos verdaderamente desconsoladores. Excusado decir la impresión que la noticia causó entre los concurrentes al salón de conferencias y pasillos. Conocíase sólo ayer mañana que el ilustre enfermo se había agravado, pero no llegase a suponer que la gravedad revistiera caracteres tan alarmantes. A las tres se verificaba consulta de médicos. Algunas personalidades políticas, entre ellas el Sr. Dato, al enterarse de las impresiones pesimistas que se tenían acerca del Sr. Burell, se trasladaron al domicilio del enfermo. Entre ocho y nueve de la noche se advirtió una ligera reacción en el enfermo. Ello se prestó a alguna esperanza que, desgraciadamente, se desvaneció bien pronto, porque aquella duró pocos minutos. Sucedió a ella la postración grande en que el enfermo había permanecido todo el día. En las primeras horas de la madrugada, el estado del Sr. Burell era de gravedad tan inmensa, que se temía un desenlace inmediato<sup>24</sup>.

Al día siguiente, 21 de febrero, y en el citado medio de la capital se aventuraba ya el fatal desenlace; en la misma página sexta de la publicación se anunciaba, tras el titulillo *El Sr. Burell*, el inminente desenlace, con términos que repiten parcialmente las indicaciones del día anterior:

Entre ocho y nueve de la noche se advirtió una ligera reacción en el enfermo. Ello se prestó a alguna esperanza que, desgraciadamente, se desvaneció bien pronto, porque aquella duró pocos minutos. Sucedió a ella la postración grande en que el enfermo había permanecido todo el día. En las primeras horas de la madrugada, el estado del Sr. Burell era de gravedad tan inmensa, que se temía un desenlace inmediato. Las últimas horas de la madrugada las pasó el Sr. Burell algo despejado. Su estado no era esta mañana tan desesperado como lo fue en el día de ayer. Se ha iniciado, dentro de la intensa gravedad del paciente una ligerísima mejoría. La ligera esperanza que llegó a abrigarse esta mañana ha ido desvaneciéndose. La mejoría ha ido desapareciendo, volviendo a caer el Sr. Burell en un estado de postración grandísimo. A la hora de cerrar esta edición ha entrado el Sr. Burell en el período agónico<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> *La Correspondencia de España*, 21 de febrero de 1919, p. 6.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 22 de febrero de 1919, p. 6

Como vemos, la repetición casi completa de la misma noticia en fechas consecutivas parece indicar que el público del momento estaba muy interesado en la enfermedad del personaje, aunque el periodista de turno no disponía de otras noticias que añadieran novedad alguna al asunto. El hecho es que Julio Burell fallece el día 21 de febrero de 1919, hacia las cinco y cuarto de la tarde, de tal manera que, en la edición correspondiente al 22 del mismo mes, se incluye un amplio informe de dos columnas, con numerosos datos y encendidos elogios de la figura desaparecida. De esta extensa información, tomamos las noticias relativas al final de su vida que, tras el epígrafe «Julio Burell», nos informan de sus últimas horas:

Ayer dejó de existir el ilustre periodista y ex ministro D. Julio Burell. Burell llevaba ya varios días luchando entre la vida y la muerte. La causa de ésta ha sido una pulmonía doble. Ayer mañana celebraron consulta los médicos; a las tres entró en la agnía y a las cinco y cuarto entregaba a Dios su alma. Al lado del Sr. Burell se encontraban su esposa y demás personas de la familia, entre ellas el gobernador de Ávila, Sr. Castro, y los Sres. Anguita y Melgares. La noticia fue comunicada al Congreso, y rápidamente circuló por Madrid. Al domicilio del Sr. Burell acudieron numerosos hombres políticos para expresar su pésame. El entierro del Sr. Burell se verificará hoy sábado, a las tres de la tarde, recibiendo sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Justo. Otro más, de los buenos y de los grandes, que se va, cuando aún tanto se podía esperar de sus incansables actividades y de sus talentos excepcionales<sup>26</sup>.

En el fragmento transcrito interesa señalar la presencia del escritor Cristóbal de Castro en la casa del fallecido. Por aquel entonces Castro desempeñaba el cargo de gobernador civil de Ávila<sup>27</sup> y estuvo siempre muy cercano a su paisano Burell, que había guiado en cierta medida la carrera del joven iznajeño. A su libro *Rusia por dentro* (1904), le había puesto breve pero elogioso prólogo<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> Ibid., 23 de febrero de 1919, p.3

<sup>27</sup> Ya lo era, al menos desde el año anterior, como comprobamos en una curiosa foto del *ABC*, de Madrid, correspondiente al 28 de diciembre de 1918, en la que, tras el título «Las Pascuas de 1918 en Ávila», podemos leer el pie siguiente: «El gobernador civil, D. Cristóbal de Castro [marcado con una X], con la junta de damas, repartiendo juguetes a los niños pobres. (FotoFuentetaja)».

<sup>28</sup> En las líneas finales escribe Burell: «Yo miro todos estos triunfos de usted con profunda alegría y muy de corazón le felicito. Suyo buen amigo, Julio Burell», Cristóbal de Castro, *Rusia por dentro*, Madrid, Sáenz de Jubera, Hermanos, 1904, «Carta prólogo».

Al texto antes indicado de *La Correspondencia*, sigue un amplio ditirambo, que recogemos en nota, donde se presta cuidadosa atención a algunas de las cualidades humanas e intelectuales de que estaba adornado el ilustre personaje, entre las que figuran su capacidad elocutiva, la fuerza de su palabra y su honradez<sup>29</sup>.

Los «Datos biográficos» que integran la parte final del artículo tienen, para nosotros, el interés de transmitirnos una breve biografía de Burell con detalles que pudiéramos considerar de primera mano o que, al menos, no parecen falseados por la distancia cronológica. El texto indica lo siguiente:

Don Julio Burell y Cuéllar nació en Iznájar (Córdoba) en 1859. Muy joven, aún no había cumplido diez y seis años, ya se hizo notar entre sus coterráneos por los artículos que publicaba en los periódicos de combate y los fogosos discursos que en los mítines pronunciaba. Su vocación de periodista se manifestaba ya entonces, haciendo presente lo que fue luego, ante todo y sobre todo, un maestro de periodistas. Esta vocación hizo que descuidando su profesión de abogado, cuyos estudios cursó en la Universidad

<sup>29</sup> «No es una figura sobresaliente la que desaparece: es, pudiéramos decir, también la encarnación viva del espíritu del último período de la España contemporánea. Porque Burell fue el verbo, el verbo cálido, fulgurante, con exaltaciones apasionadas y centelleos de elocuencia arrebatadora, en que se tradujeron todas las inquietudes y todas las aspiraciones, las rebeldías y las amargas de cuatro generaciones de españoles en el espacio de los últimos cuarenta años. Y ese verbo de acento tan inspirado como inolvidable, que caldeó las almas de los viejos revolucionarios vencidos y supo alentar nuevos bríos en la juventud que llegaba a la vida pública con cierto idealismo en el pensamiento, pero todavía dolorida y como anonadada bajo el peso del infortunio de los nacionales desastres, buscó y encontró todos los caminos que llevan al corazón del pueblo, primero en el campo inmenso del periodismo, y, por último, la solemnidad de la tribuna parlamentaria. Como periodista y como orador, Burell fue la inquietud espiritual, el ansia de lucha y de renovación que se hacían oír, entre la admiración de todos, ya en el artículo que dejaba huella en las almas, ya en el discurso que despertaba tempestades de entusiasmos. Fue, ante todo y sobre todo, Burell un luchador incansable. Su gran amor a la democracia no flaqueó un solo momento: su culto a las ideas se sobrepuso siempre a todos los convencionalismos políticos. Se recordará aquella ocasión memorable, todavía en los comienzos de su carrera política, en que, por no someterse a ciertas exigencias, renunció a su bastón de mando en la provincia de Toledo para volver a empuñar su pluma de periodista y romper una lanza por la justicia. Así era Burell. Tuvo siempre el orgullo de su preclara estirpe periodística, y ni las más altas posiciones políticas le hicieron olvidar los días tristes de la oscura vida de Redacción, los más gloriosos puestos que fueron los de sus triunfos y en que mejor vivió su pensamiento con amplia libertad», *La Correspondencia de España*, 23 de febrero de 1919, p.3.



de Madrid, se dedicara, como él mismo dijo en donosa autobiografía, a imitar a Tirabeque: esto es, que tiró los libros y se metió a predicador. En *La Crónica*, *El Progreso*, *La Época*, el *Heraldo*, *El Imparcial*, *El Gráfico* y *El Mundo*, algunos de los cuales dirigió con extraordinario acierto, dejó su ingenio joyas perdurables. En política su actuación fue también brillante.

Ha sido diputado<sup>30</sup> en muchas legislaturas, gobernador civil de Jaén, de Toledo y Granada, director general de Agricultura y

<sup>30</sup> En un texto tan poco proclive, en principio, al elogio, como el dedicado a glosar las personalidades de los diputados de 1907, encontramos una bella semblanza del personaje, en los términos siguientes, tras indicar que ha sido electo por el distrito de Baeza: «Sr. D. Julio Burell y Cuéllar. Nació en Iznájar (Córdoba) en 1859. Casado. Para buscar los comienzos de su vida política y periodística habría que ir a su niñez, porque niño era de quince o diez y seis años cuando admiraba y asombraba, no ya por el fuego y la pasión propias de la edad, sino por el prematuro juicio y por el exquisito gusto en los discursos que pronunciaba en los mitins [sic] y de los artículos con que llegaba de un solo vuelo a la primera fila de aquellos combatientes de la pluma. Qué palabra tan caliente, tan llena, tan elegante, y qué pluma tan ágil para recoger esos tonos de la palabra y tan flexible para obedecer a la intención del escritor artista: el acero de ella era tan pronto cincel como saeta. Por millares podrían citarse las frases en que el escritor, no se sabe si por deliberación de su talento o por instinto de artista supremo, acertaba con la forma definitiva de un pensamiento alto, de un sentimiento hondo, de una burla donosa, de un epigrama punzante, de una indignación airada o de un encargo cruel; después de lanzado, el arte literario quedaba enriquecido, el interés del combatiente satisfecho, el espíritu del lector indeleblemente impresionado, y el triste enemigo en la picota. Con los años y la práctica no ha hecho Julio Burell más que depurar y perfeccionar esas cualidades nativas, enriqueciendo sus medios con el estudio y la observación. Su memoria, de un poder de evocación asombroso, le da un arsenal inagotable de fechas, nombres y hechos; pero lo más suyo, lo que le da carácter, es el gusto exquisito, el arte inimitable para la cita, para componer el tropo y para expresar su idea con el nombre o con el hecho evocado. Descubre entre lo pasado y lo presente, en hombres y sucesos, relaciones y analogías, no sospechados, de observador profundo y de entendimiento penetrante, pero todavía las avalora por el primor con que las engarza. Es también característica de este escritor el sentido de la proporción, la armonía acabada entre las distintas partes de su artículo, eso que podría llamarse la arquitectura de la obra. Las páginas de muchos periódicos, entre ellos *El Cronista*, el viejo y recordado *Progreso*, *La Época*, en trabajos literarios, el *Heraldo*, *El Imparcial*, *El Gráfico*, algunos de los cuales ha dirigido, están llenos de joyas del insigne maestro. Últimamente dirigió *El Mundo*. En la relación privada Julio Burell es tan atrayente y bondadoso, que es imposible tratarle sin quererle de verdad; y esa bondad de su alma se refleja en forma de rectitud, de probidad, de celo en los cargos públicos que ha desempeñado, cargos que no hay que decir, tratándose de un hombre de tal entendimiento, como habrán sido colmados en lo intelectual. Ha sido Gobernador civil de Jaén, de Toledo y de Granada, electo, Director General de Agricultura y de Obras públicas. Seguramente será Ministro con el partido liberal, en que milita, con acentuada tendencia a las soluciones democráticas, como reflejo de aquella democracia republicana de su primera juventud. En las actuales Cortes se ocupa a diario de asuntos públicos y

Obras públicas y ministro en situaciones liberales. Como ministro de Instrucción pública dio vida a oportunas iniciativas, que redundaron en provecho de la cultura nacional. Sus méritos literarios o intelectuales fueron recompensados justamente con la cruz de Alfonso XII, que le otorgó el conde de Romanones, y cuyas insignias le fueron costeadas por suscripción, a céntimo, entre escritores y artistas, y también con un sillón académico que la Española le ofreció recientemente con oportunidad notoria y aprobación unánime<sup>31</sup>.

Un tratamiento algo más amplio del luctuoso suceso, si cabe, y sin duda con una redacción más cuidada y con más sentimiento, es el que le concede el *ABC* de Madrid, del día 22 de febrero de 1919, diario en el que se incluye, ya en la portada, una amplia foto de don Julio en su despacho, sobre el epígrafe «Muerte de un ex ministro», además de una buena crónica, titulada «Julio Burell ha muerto»<sup>32</sup>, aunque en muchas

---

literarios como combatiente de primera fila. Ha sido Diputado del 87 al 90 y en las Cortes del 96, 903 y 905. Domicilio en Madrid: Serrano, 80», Modesto Sánchez de los Santos (y alguna colaboración de Juan de Onuba), *Las Cortes Españolas. Las de 1907*, Madrid, Antonio Marzo, 1908, pp. 333-334.

<sup>31</sup> *La Correspondencia de España*, 23 de febrero de 1919, p.3.

<sup>32</sup> Recordamos aquí algunos de los fragmentos más significativos de este texto, sin firma, pero que bien pudiera ser obra de Cristóbal de Castro, titulado *Julio Burell ha muerto*: «¡Con qué sincera pena acabamos de escribir el epígrafe: la pluma parecía resistirse a trazar la última palabra! Todo ha sido inútil: desvelos y recursos los más solícitos de la ciencia, cuidados insuperables del cariño, la misma esperanza en la naturaleza del enfermo; bien que estaba minada por otras enfermedades recientes, y acaso era un efecto engañoso de su espíritu grande lo que tomábamos por fortaleza física. Sobre el cadáver de Burell caerán muchas lágrimas, y de seguro no cruzará un solo recuerdo de malquerencia. Si los muertos oyen, su alma escuchará como pocas el rendimiento unánime de elogio y duelo de su memoria. Con sus restos se entierra uno de los últimos jirones de la España romántica; de la legión de intelectuales y de hombres de acción forjados en la pelea política, tan varia, tan ardiente y tan emotiva de los primeros años de la Restauración. Fue eso antes que nada: un luchador, un adalid, una gran mentalidad y una pluma egregia, consagradas a la evolución política. Nació el 59 en Iznájar (Córdoba), y a los diez y seis años ya rondaba en las controversias del viejo Ateneo, señalándose como un polemista vigoroso. Comenzaba a profundizar en el estudio del castellano, y no tardó en ser un hablista. Su estilo era de una galanura y de una brillantez singulares; improvisaba su prosa —a veces al correr del lápiz, minutos antes de la tirada, sobre un chibalete de la imprenta—, y parecía el texto forjado y pulido en largos espacios y fruto maduro de sostenida meditación.[...]Ya en *El Progreso* descolló, y era un jovenzuelo, y había de codearse con hombres de la talla de Solís, Eusebio Blasco, Rafael Comenge, Rafael Gracia y otros escritores políticos bien curtidos y afamados. Su nombre quedó allí consagrado, y la consagración fue sancionada por la masa de pública en *El Heraldo*, en el *Nuevo Heraldo*, en *El Imparcial*, etc. Su último período fue en la dirección

ocasiones el periodista repite datos ya conocidos por otros medios, sin duda algo obvio, puesto que el tema y el momento son iguales para ambos diarios. La esquila funeraria, que inserta también el *ABC* en las páginas finales del mismo número, resulta ser también una buena fuente de información; así, sabemos que se le califica de Excelentísimo e Ilustrísimo y que se le define como: «Escritor, ex ministro de la Gobernación y de Instrucción Pública, consejero de Estado, diputado a Cortes, miembro de la Real Academia Española, gran cruz de la Orden de Alfonso XII y de Isabel la Católica, de Villaviciosa de Portugal»<sup>33</sup>, etc., y que tenía sólo sesenta años en el momento de la defunción, lo que hace que se convierta el sepelio, según *La Correspondencia*, en «una grandiosa manifestación de duelo»<sup>34</sup>. El mismo diario nos informa de que algunas de las coronas que acompañaron el féretro procedían de «la Asociación de Escritores y Artistas, de la Asociación de la Prensa, de la condesa de Pardo Bazán, del

---

de *El Mundo*, al fundarse este diario; pero fue fugaz. Algunos de sus artículos hicieronse famosos; no pocos fueron de efecto político. Cánovas, Martos, Silvela le profesaban efusiva admiración, y el primero trató de atraérselo. Había ido evolucionando Burell, como tantos otros de su época, de la República a la Monarquía; pero no quiso rebasar el campo liberal. Poco después alcanzó la representación en Cortes, que apenas si dejó unos meses para ser gobernador de Jaén, y siguió ostentando la de algún distrito de aquella provincia. Su gran entendimiento le hacía acreedor a los altos cargos. Canalejas le llevó por dos veces a la Dirección de Obras, a la de Agricultura, y, al cabo, en 1910, a los Consejos de la Corona. Excepto un brevísimo período que desempeñó la de Gobernación, su cartera fue la de Instrucción pública: tres veces ha sido el titular. Y en este departamento realizó una labor de entusiasta fomento por el profesorado y el Magisterio. A él se debe la creación de algunos Centros nuevos; y si se le pudo acusar en alguna fundación de apresurado, bien pudo él replicar que, fiándolo todo a la espera de hacerlo perfecto, los años pasaron sin que nada nuevo se hiciera en España. [...]», *ABC* (Madrid), 22 de febrero de 1919, p.16.

<sup>33</sup> La transcripción completa dice así: «El Excmo. e Ilmo. Señor Don Julio Burell y Cuellar, escritor, ex ministro de la Gobernación y de Instrucción Pública, consejero de Estado, diputado a Cortes, miembro de la Real Academia Española, gran cruz de la Orden de Alfonso XII y de Isabel la Católica, de Villaviciosa de Portugal, etc., etc., ha fallecido el 21 de febrero de 1919, a los sesenta años, habiendo recibido los Santos Sacramentos. R.I.P. Su desconsolada viuda, la excelentísima señora condesa de Torre-Mata; hijos, hijo político, hermana, madre política, hermanos políticos, primos, sobrinos y demás parientes, ruegan a sus amigos se sirvan encomendarlo a Dios y asistir a la conducción del cadáver, que tendrá lugar hoy, 22 del corriente, a las tres de la tarde, desde la casa mortuoria, Serrano, 35, al cementerio de la Almudena. Durante toda la mañana se dirán misas en la capilla ardiente. No se reparten esquelas. El duelo se despide en el sitio de costumbre», *ABC*, 22 de febrero de 1919, p. 36.

<sup>34</sup> *La Correspondencia de España*, 23 de febrero de 1919, p. 3.

Ayuntamiento de Linares y del Cuerpo de archiveros»<sup>35</sup>. *ABC* menciona, entre otras coronas, la que le envía D. Cristóbal de Castro. Se añade en *La Correspondencia* que la representación del ayuntamiento de Linares iba solemnemente acompañada por el estandarte de la ciudad y los maceiros.

Finalmente, estos periódicos insertan la noticia del entierro, en el caso de *ABC* con una gran fotografía que ocupa toda la portada, y con la relación de los asistentes, entre los que nos interesa resaltar a Ortega y Gasset, Alcalá Zamora y Romero de Torres<sup>36</sup>, entre muchos otros (según *La Correspondencia*). *ABC* señala en un breve suelto que en Linares<sup>37</sup>, «en señal de duelo han cerrado sus puertas los casinos, tiendas y teatros», puesto que el difunto proporcionó a esta ciudad andaluza «beneficios inmensos».

#### «JESUCRISTO EN FORNOS»: UN TEXTO REPRESENTATIVO DE JULIO BURELL

De la importancia y la fama que adquirió esta singular creación de Burell pueden dar fe las muchas veces que se ha editado y reeditado en los siglos XIX y XX, con algunas prolongaciones en la más reciente actualidad<sup>38</sup>.

Se publicó por primera vez en un suplemento del *Heraldo de Madrid*, correspondiente al día 1 de febrero de 1894; el suplemento en cuestión,

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> Burell había nombrado a Julio Romero de Torres profesor de la Escuela de Pintura, como señalan algunos periódicos de la época: «D. Julio Burell ha firmado el nombramiento de profesor de la Escuela Especial de Pintura a favor de don Julio Romero Torres. / El Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes hizo personalmente entrega de la credencial al interesado. / El señor Burell anunció que en el presupuesto próximo se resuelve que no haya maestros con sueldo inferior a mil pesetas», *La Publicidad*, 30 de marzo de 1916, p. 3.

<sup>37</sup> Esta ciudad lo había nombrado hijo adoptivo y le había dedicado una calle ya en 1910: «En honor de Burell. El Ayuntamiento de Linares ha nombrado hijo adoptivo, al ministro de Instrucción pública. / Se ha abierto una suscripción popular para regalarle el nombramiento que irá en un artístico pergamino dentro de una vitrina. / A petición de los vecinos de la calle de Arrayanes, ha acordado el Ayuntamiento dar a esta vía el nombre de Burell», *El Defensor de Granada*, 3 de agosto de 1910, p. 3.

<sup>38</sup> Véase, por ejemplo, Antonio Cruz Casado, «Jesucristo en Fornos», el artículo más famoso de Julio Burell, *Revista de la Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad*, 1998; «El Cristo de los pobres (A propósito de «Jesucristo en Fornos», un artículo de Julio Burell)», *Torralbo*, Lucena, 1999, y «El Cristo de los pobres (A propósito de «Jesucristo en Fornos»)», en Manuel Galeote, *Los artículos de Julio Burell*, Iznájar, Letras de la Subbética, 2007, pp. LXXIII-LXXVII, etc.

titulado «Extraordinario ilustrado», lleva la fecha general de febrero de 1894<sup>39</sup>. El fascículo abarca dieciséis páginas y tiene numeración independiente del número del día; conjuga con gran acierto los textos literarios y las ilustraciones a gran formato, tendencias que empleará luego Burell con frecuencia, como director de *El Gráfico* (1904). Hay en él textos de Eugenio Sellés, Vital Aza, Campoamor, Dicenta, Manuel del Palacio, entre otros, y un comentario sobre «Galdós, autor dramático», de José de Cubas. Las ilustraciones proceden de pinceles igualmente ilustres, como Joaquín Sorolla o José Benlliure; se incluyen también varias fotografías, «Recuerdos de Melilla», de Campmany. Salvo el carácter un tanto heterogéneo, propio de cualquier publicación de este tipo, el suplemento nos parece muy cuidado y de gran calidad estética. Es algo que semantiene, según comprobamos, en los extraordinarios correspondientes a otros meses de finales de 1893 y de comienzos de 1894, en los que también figura la firma de Burell, habitual por lo demás en el diario<sup>40</sup> *Heraldo de Madrid*, unas veces con su designación propia, otras veces con el pseudónimo de «Incógnito».

Recordemos, por ejemplo, «Las alas rotas», en el volumen correspondiente al mes de noviembre<sup>41</sup> de 1893, que se ocupa de la guerra del Rif, o «Magdalena», en el extraordinario de marzo<sup>42</sup> de 1894, marcado por la

<sup>39</sup> Julio Burell, «Jesucristo en Fornos», *Extraordinario ilustrado. Febrero de 1894, Heraldo de Madrid*, 1 de febrero de 1894, pp. 4-5.

<sup>40</sup> Señalemos los artículos localizados en *Heraldo de Madrid*, en esos meses de 1894, febrero y marzo aproximadamente, con la firma de Burell: «La ola gris. Los nombres de las calles», 3 de febrero de 1894; «Tierra triste», 7 de febrero, sobre las agitaciones campesinas andaluzas; «La trompa de Silva», 12 de febrero; «Cuerpo a cuerpo», 14 de febrero; «La santa mentira», 20 de febrero; «Hombres ilustres. El conde de San Luis», 22 de febrero; «Voz de anarquista», 28 de febrero, en el que señala que algunos jóvenes de la Academia de Jurisprudencia señalan rasgos anarquistas en algunos artículos de Burell; «En plena sombra», 2 de marzo; «Gladstone», 4 de marzo; hay algunos firmados con el pseudónimo de Incógnito, que también utiliza Burell, por ejemplo, en el prólogo del libro del padre de Cristóbal de Castro, Juan de Castro Orgaz, *Lontananzas. Poesías*, Madrid, Antonio de San Martín, 1897, entre los que están: «Páginas de Silvela. El discurso de la mañana», 1 de febrero de 1894; «En la Academia Española. La recepción de Liniers», 2 de febrero; «El socialismo contemporáneo. Una visita a Bebel», 3 de febrero (nótese que en la misma fecha hay otro artículo firmado por Burell, compartiendo ambos primera página); «A la justicia prenden», 8 de marzo;

<sup>41</sup> Julio Burell, «Las alas rotas», *Número extraordinario. Noviembre de 1893, Heraldo de Madrid*, 18 de noviembre de 1893, p. 1; es el primer texto del suplemento. Se incluyen aquí aportaciones de Salvador Canals, Campoamor, Manuel del Palacio, Grilo o Gaspar Núñez de Arce; las ilustraciones son igualmente de notable calidad.

<sup>42</sup> Julio Burell, «Magdalena», *Extraordinario ilustrado. Marzo de 1894, Heraldo de Madrid*, 28 de febrero de 1894, p. 20. Hay aquí textos de autores contemporáneos, como Salvador Rueda, pero predominan fragmentos de los clásicos, como fray Luis de León,

celebración de la Semana Santa, y tengamos en cuenta el tema de María Magdalena que veremos también utilizado en un pintor francés de la Belle Époque, Jean Béraud, en un cuadro que nuestro periodista pudo tener en cuenta a la hora de componer «Jesucristo en Fornos».

Nos llega noticia de una edición más<sup>43</sup> en la revista *Don Quijote*, el 25 de septiembre de 1895, pero no hemos logrado ver el número de la fecha indicada. Vuelve a reeditarse, sin indicación alguna al respecto, unos años después, en el número 9 de la famosa revista *Germinal*, correspondiente al 2 de julio de 1897, y es entonces cuando se le presta más atención a este artículo y se le valora más, en nuestra opinión; de la breve presentación que le hace la revista y de su contexto nos ocuparemos en la parte final de esta introducción. Se incluye de nuevo en un monográfico de Semana Santa, en el periódico anticlerical *El Evangelio*, en el que colaboraba asiduamente Cristóbal de Castro, con fecha de 27 de marzo de 1902, en un contexto marcado por autores de la talla de Mariano de Cavia, Antonio Palomero, Joaquín Dicenta y el citado Cristóbal de Castro, entre otros muchos<sup>44</sup>.

Quizás la mayor repercusión la alcanzó este texto bureliano en una conocida y reeditada antología de cuentos anarquistas, de sugerente título, *Dinamita cerebral*, que se editó en Mahón, en 1913, y volvió a publicarse<sup>45</sup> en 1933 (y una vez más en Buenos Aires, en 1974)<sup>46</sup>. Algo después, en 1980, volvió a aparecer en Barcelona<sup>47</sup>, con lo que parece que el libro

---

Alberto Lista, fray Luis de Granada o Santa Teresa; además se incluyen dos hermosas reproducciones de grabados de Durero, entre otras imágenes religiosas igualmente interesantes.

<sup>43</sup> El dato se encuentra en el documentado e importante trabajo de María José Conde Guerri, «Julio Burell, el otro ministro de *Luces de Bohemia*», *Estudios humanísticos. Filología*, núm. 7, 1985, p. 33, n. 10, aunque indica, por errata, la fecha de 1985, al igual que sucede con la correspondiente a la primera edición de «Jesucristo en Fornos».

<sup>44</sup> Tampoco hemos tenido ocasión aún de consultar este número, no incluido en la Biblioteca digital de la BNE, pero del que tenemos noticia a través del periódico *El País*, de fecha, 27 de marzo de 1902, p. 3, donde incluye una reseña de los contenidos de *El Evangelio*. Sobre esta polémica publicación cfr., el interesante artículo de Miguel Ángel del Arco Bravo, «*El Evangelio*. La historia de un periódico rebelde que luchó en 1901 por la credibilidad del periodismo», *Doxa Comunicación*, núm. 20, 2015, pp. 11-31.

<sup>45</sup> Encontramos un comentario bibliográfico de esta edición en *Luz. Diario de la República*, 2 de junio de 1933, p. 2.

<sup>46</sup> Diversas referencias a estas ediciones se encuentran en la tesis de José Ángel Maquieira Rodríguez, *El anarquismo de Julio Camba*, Madrid, UNED, 2015, p. 110, consulta on line.

<sup>47</sup> *Dinamita cerebral. Los cuentos anarquistas más famosos*, Barcelona, Icaria, 1980; hay una edición de este libro en 1981.

sigue manteniendo interés en nuestros días o, al menos, provoca la curiosidad.

Cuando se publica la recopilación por primera vez, algunos periódicos nos dan una relación circunstanciada de su contenido y características; de esta forma se nos dice en el decenario madrileño *El Nuevo Régimen*, correspondiente al 30 de abril de 1913:

El semanario *El Porvenir del Obrero*, de Mahón, ha publicado un hermoso libro, titulado *Dinamita cerebral: los cuentos anarquistas más famosos*, en el que ha coleccionado las más bellas producciones de los literatos más eminentes. / Zola, France, Mirbeau, Malato, Maeztu, Pi y Margall, Pi y Arsuaga, Lorenzo, Mella, Prat, Burell, Azorín y otros muchos autores firman los cuentos que componen dicha colección, haciendo la más acertada crítica de la organización actual con narraciones que se leen con deleite y quedan fijas fácilmente en la imaginación. / El libro está muy bien presentado, con llamativa cubierta a tres tintas, y se vende al precio de una peseta<sup>48</sup>.

El volumen, de impactante título y variado contenido, como se ha indicado, cuenta con colaboraciones de extranjeros muy significativos, como Zola, Strindberg, Mirbeau, o Gorki, y de algunos españoles, igualmente relevantes, entre los que se encuentran José Martínez Ruiz, Ramiro de Maeztu, Julio Camba y el propio Burell, cuyo relato está situado en penúltimo lugar. La intención del recopilador de estas historias, Juan Mir, es clara, y así afirma en el prólogo:

El arte es revolucionario, el pensamiento es revolucionario, el corazón del hombre es revolucionario; y así será mientras la tiranía sea monstruosa, mientras se funde en el error y mientras sus obras sean malvadas e injustas, que es como decir mientras la tiranía exista en cualquiera de sus formas<sup>49</sup>.

Seguimos localizando nuevas ediciones del relato de Burell. En este sentido, a raíz de la muerte del periodista, un diario andaluz, *El Defensor de Granada*, en fecha cercana a la defunción (21 de abril de 1919), vuelve a traer a «Jesuscristo en Fornos» a la primera página de la publicación, junto con una foto del autor y el antetítulo «Una página brillante de Burell». La imagen es una foto de Alfonso, retratista que tanto colaboró en *El*

<sup>48</sup> «Bibliografía», *El Nuevo Regimen. Decenario federal*, Madrid, 30 de abril de 1913, p. 6. La misma reseña bibliográfica se encuentra en *El Motín*, 1 de mayo de 1913, p. 15.

<sup>49</sup> *Dinamita cerebral. Colección de cuentos anarquistas*, pról. Juan Mir, Biblioteca Virtual Omegalfa, s.a., p. 4, consulta on line. Hemos visto otra edición de Basauri, Ekinaren Ekinaz argitaratua, igualmente on line.

*Gráfico*, que dirigió el iznajeño en 1904, con un escueto pie: «Último retrato de Julio Burell, autor del artículo que reproducimos hoy».

Hay que esperar algunos años más, hasta 1925, en que aparezca el volumen de *Artículos*, prologado por José Francos Rodríguez, encabezado por el artículo que nos interesa. Francos Rodríguez hace una referencia al mismo: «Un día, amargado por los excesos sociales, [Burell] escribe *Cristo [sic] en Fornos*, página dolorosamente expresiva, en que corren juntas magnificencias de poeta y hondas lamentaciones de la Justicia»<sup>50</sup>.

Se incluye asimismo en la *Antología de humoristas españoles* (1957), de José García Mercadal, aunque nos parece que el humor no está muy presente en el relato; quizás pueda encontrarse algún rasgo irónico en algunas de las situaciones que se nos ofrecen, pero el recopilador incluye diversas referencias al autor<sup>51</sup>, que tienen una utilidad divulgativa inmediata.

En edición parcial, transcribiendo sólo la parte final con la intervención de Cristo, se encuentra el texto en el volumen de José Gutiérrez Ravé, *Artículos famosos* (1964, para la 2ª edición), recopilación que ofrece aportaciones incluidas en un amplio arco temporal, desde Larra a Daniel Vázquez Díaz, trayendo a colación diversos reparos que el crítico encuentra en el texto de Burell. Con todo, creemos que estas apreciaciones y valoraciones, quizás las más amplias que se han dedicado al artículo en cuestión, no son ni medianamente justas, pero suponen un acercamiento significativo al valor literario del relato. Al respecto este crítico escribe que

<sup>50</sup> Julio Burell, *Artículos. Homenaje de la Asociación de la Prensa de Madrid*, pról. José Francos Rodríguez, Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1925, p. 12. *El Defensor de Granada*, del 20 de febrero de 1925, p. 2, incluye una curiosa noticia, bajo el título «Las crónicas de Julio Burell»: «La Asociación de la Prensa ha acordado recoger en un libro las crónicas de Julio Burell, que se regalará a la viuda para que ésta lo venda». No sabemos si la Condesa de Torre Mata estaría económicamente necesitada en esta época o sería un mero detalle galante de la Asociación de periodistas.

<sup>51</sup> He aquí la somera presentación: «Nació en Iznájar (Córdoba) en 1859, y después de estudiar en su provincia el Bachillerato y de trabajar como periodista, a los quince años, vino a Madrid en 1874, entró en *El Progreso*, e inmediatamente destacó por su prosa enérgica y vibrante. De allí pasó al *Nuevo Herald*, y después al *Heraldo*, haciendo admirables campañas. Fue diputado en 1887, por Corcubión, escribiendo en *La Opinión*, ya pasado de las filas republicanas a las monárquicas. Gobernador y director general varias veces, en 1910 Canalejas le nombró ministro de Instrucción Pública», José García Mercadal, *Antología de humoristas españoles del siglo I al XX*, Madrid, Aguilar, 1964, 3ª ed., p. 860; la primera edición de esta antología, es como hemos indicado, la de 1957, aunque tenemos a la vista la tercera. A estas palabras del recopilador, que ignora el año del fallecimiento del periodista, sigue luego un párrafo muy elogioso tomado de Ortega Munilla.



su aparición le valió fama y popularidad al periodista, aunque tiene otros artículos mejores y añade:

Leído hoy el artículo «Cristo<sup>52</sup> en Fornos», no resiste, en verdad, el más sencillo análisis crítico, cuyo fallo sería el de recusar lisa y llanamente tal crónica. Pero nuestra probidad obliga a situarnos en la época en que se escribió [...], a incrustarnos en el ambiente de Madrid de hace poco más de medio siglo y de identificarnos con el estilo al uso, y entonces nuestro juicio, seguramente más acertado, sería el de aplaudir el móvil de Burell al trazar aquellas cuartillas [...].

Porque, envuelto en su lirismo, descubre un ansia incontenible de lo que hoy denominaríamos justicia social, comprendemos la sensación que en muchos espíritus produjo este artículo, escrito en tiempos de lamentables olvidos, cuyas consecuencias después tan duramente hemos pagado. En tal sentido, entendemos que merece un aplauso, aunque, a la luz de hoy, reconozcamos su endeblesz y su forzado patetismo<sup>53</sup>.

Sin descartar que haya otras ediciones que no hemos localizado y de las que no tenemos referencia exacta, creemos que una de las últimas se incluye en la recopilación de Víctor Fuentes, titulada *Cuentos bohemios* (2005).

«Jesucristo en Fornos» ocupa el segundo lugar de la antología, en la que también figuran Joaquín Dicenta, reiteradamente con varios textos, Alejandro Sawa y su hermano Miguel, José Martínez Ruiz, Dorio de Gádex y un amplio etcétera. Un extenso e interesante prólogo se ocupa de los escritores bohemios del Fin de Siglo, entre los que incluye a nuestro periodista.

Considera este estudioso, en las líneas que dedica al personaje al final del volumen, que Valle Inclán pudo tener en cuenta al ministro Burell para crear su personaje de don Paco, el Ministro de *Luces de Bohemia*:

El Ministro de *Luces de Bohemia* —escribe— bien pudiera ser una encarnación de Julio Burell. Al separarse de Max Estrella tiene «una lágrima detenida en los párpados», lo cual podría ex-

<sup>52</sup> Siempre lo menciona así este crítico, nunca con el correcto Jesucristo, que es el que empleó Burell y tal como se hace en casi todas las ocasiones cuando nos referimos al texto bureliano.

<sup>53</sup> José Gutiérrez Ravé, *Artículos famosos*, Madrid, Prensa Española, 1964, 2ª ed., pp. 159-160.

presar su nostalgia de la vida bohemia o su mala conciencia por pasar de ser el autor de «Jesucristo en Fornos» a un despacho ministerial del régimen oligárquico<sup>54</sup>.

Esta idea, la de que la política arruinó una prometedor carrera de escritor, había sido ya expresada por Azorín, en el *Diario de un enfermo* (1901), al escribir:

Esta noche he comido con el gobernador [de Toledo, Burell]. Este gobernador, antiguo amigo, es un sutil artífice de la prosa, que poco a poco se va apagando.

Del férvido artista, sincero y reflexivo, ya apenas quedan en él rastros. El ambiente de la política, el diario trato y continuo sobo de politicastos y cínicos mangoneadores, van amenguando su fe de antaño, sus ansias juveniles de Ideal. Todas mis charlas con él, estos días, han sido un silencioso análisis. Siento ante él la angustia que se siente ante un ser querido que se muere<sup>55</sup>.

En el citado esperpento valleinclanesco, encontramos una valoración parecida, en las palabras del Ministro [llamado don Manuel en la primera edición de la obra, en 1920; Max Estrella lo llama Manolo], en sus confesiones personales con el secretario Dieguito:

¡E inopinadamente, reaparece ese espectro de la bohemia! [Se refiere a Max Estrella, que acaba de marcharse] Yo me salvé del desastre renunciando al goce de hacer versos. Dieguito, usted no sabe nada, porque usted no ha nacido poeta. [...] ¡Ay, Dieguito, usted no alcanzará nunca lo que son ilusión y bohemia! Usted ha nacido institucionista, usted no es un renegado del mundo del ensueño. ¡Yo sí!<sup>56</sup>

<sup>54</sup> *Cuentos bohemios españoles. Antología*, ed. Víctor Fuentes, Sevilla, Renacimiento, 2005, p. 240.

<sup>55</sup> Azorín, *Diario de un enfermo, Obras completas*, pról. Ángel Cruz Rueda, Madrid, Aguilar, 1947, tomo I, p. 718. Y continúa escribiendo Azorín: «Y se muere. Solo, desamparado en esta ciudad muerta, *perdida la fe en el consolador trabajo literario* [cursiva nuestra], ansioso de medro, nostálgico de la febril vida del Casino y del Salón de conferencias [es decir, del Ateneo madrileño], mi amigo pasea hastiado por las amplias salas de este destartado caserón, recibe automáticamente a las *comisiones*, saluda, habla, sonríe con penosa violencia», *ibid.*

<sup>56</sup> Ramón del Valle Inclán, *Lucas de Bohemia (Esperpento)*, España, 11 de septiembre de 1920, p. 18. Dieguito, secretario de Su Excelencia en la pieza teatral, quizás tenga algunos rasgos del granadino Natalio Rivas, que fue secretario de Burell y tiene una opinión positiva del mismo, como hemos visto en una nota de este mismo trabajo. Nos hemos ocupado de la identificación de Burell con el Ministro en «El Señor Ministro no es un golfo. La huella de Julio Burell en *Lucas de Bohemia* (1920), esper-

Además, en el volumen *Cuentos bohemios* encontramos incluido otro relato de Burell, poco conocido, «La duda de la condesa», publicado en *Germinal* (núm. 21, 1897), en el que una pareja de aristócratas echa de menos la presencia de los hijos, que no llegan, hasta que al final encuentran una sorpresa.

A la vista de este recuento incompleto de ediciones (1894, 1897, 1902, 1913, 1919, 1925, 1957, 1964, 2005, etc.) podemos concluir que este artículo de Burell se considera con razón el más divulgado y reeditado del periodista iznajeño; además, puede competir en ese sentido con cualquier otro autor o texto similar de aquel Fin de Siglo, es decir, de finales del siglo XIX y principios del XX.

Queremos apuntar también la posible relación que pueda establecerse entre este relato y algunas muestras de una corriente pictórica francesa, de la Belle Époque, representada fundamentalmente por el pintor Jean Béraud (1848-1935), el cual nos legó, junto a una amplia colección de personajes y situaciones de su época, en cuadros muy conocidos y divulgados, como *L'attente*, guardado en el museo d'Orsay, una serie de versiones de tema religioso cristológico en las que se ha producido una adaptación del episodio evangélico a situaciones y momentos actuales, como si los personajes de la historia sagrada (sobre todo la figura de Cristo) irrumpieran, sin previo aviso, en una situación plenamente reciente y reconocible para el espectador de la obra en cuestión.

Es lo que percibimos, por ejemplo, en la composición que hemos visto denominada *Pietá* o *La descente de croix* (1892), en la que asistimos al descendimiento de Cristo, auxiliado por personas de nuestra época, en trajes modernos, mientras Barrabás maldice a la ciudad de Paris, desde la colina de Montmartre, en la que aún no se ha construido la actual basílica<sup>57</sup>. Aún más se aprecia la presencia de Cristo en un mundo moderno<sup>58</sup>, y

---

pento de Valle-Inclán», en Lily Litvak y otros, *Retorno al Café de Fornos. Sesquicentenario de Julio Burell (1859-2009)*, ed. Manuel Galeote y Antonio Cruz Casado, Iznájar, Letras de la Subbética, 2010, pp. 23-47.

<sup>57</sup> Una reproducción en blanco y negro de este cuadro, con la indicación de la fecha en el cuerpo del artículo, en L. Rogers-Milès, «Jean Beraud», *Revue Illustrée*, 15 juin 1893, p. 189, reproducción, y p. 193, para la fecha; con respecto a estos cuadros religiosos modernos escribe el crítico: «Une Madeleine en robe de bal, dans une réunion de banquiers juifs. Une croix sur Montmartre, et les ouvriers de la rue des Abbesses en train de descendre le Christ, tandis qu'une vieille dame en cheveux blancs représente la Vierge», p. 194.

<sup>58</sup> Esta característica fue puesta de relieve también por la crítica francesa coetánea: «Un jour, M. Jean Béraud voulut peindre un Christ. La face radieuse le hantait, comme elle a préoccupé tant de peintres, de tous les temps. Il essaya une reconstitution de

nos interesa resaltar este curioso cuadro oval, en la pintura titulada *La Madeleine chez le Pharisien* (1891), que se conserva en el museo d'Orsay. Aparece aquí una reunión de serios caballeros franceses coetáneos del pintor, entre los que están Ernest Renan, el famoso autor de la *Vida de Jesús*, que representa en la escena al fariseo, según algunos estudios identificativos, Hyppolite Taine, Alejandro Dumas hijo, el doctor Adrien Proust, es decir, el padre del famoso Marcel Proust, e incluso el propio autor, Jean Béraud, entre otros personajes, aunque el centro de la acción viene marcado por una mujer, la bella demi - mondaine Liane de Pougy que, en el papel de María Magdalena, se arrastra por el suelo ante la figura tradicional de Jesucristo, al que parece que solamente ella reconoce y adora.

Las concomitancias con el tema de Burell nos parecen bastante claras, teniendo en cuenta la precedencia en el tiempo de esta pintura (1891, fecha para el cuadro, 1894 para el artículo) y sabiendo además que el periodista conoce la obra religiosa de Béraud y siente especialmente predilección por ella. Es lo que constatamos, por ejemplo, en el artículo «Los dos Cristos», publicado en *Don Quijote*, el 1 de septiembre de 1899, donde escribe:

Un gran pintor, Béraud<sup>59</sup>, removía las almas presentando en el *Salón* de Paris su *Jesucristo en Montmartre*, que muy luego la gente dio en llamar el *Cristo de la Anarquía...* / El pintor, como el literato, sienten esa necesidad suprema de algo religioso [...] Para el creyente ritualista y farisaico, Béraud, prestando un aspecto, si vale la frase, divinamente humano a la figura eternamente hermosa de Jesús, puede muy bien resultar un herético, un demolidor como Renan. / Para el espíritu profundamente religioso, ese Cristo humano, ese Cristo obrero, rodeado de po-

---

l'époque, puis pensa le vêtir d'habits Renaissance... Tout à coup il se dit qu'il serait intéressant et curieux d'imiter l'exemple de tous ses illustres prédécesseurs, c'est-à-dire de mettre dans son temps à lui comme Veronèse, comme Rembrandt, ce Christ éternel; l'idée ainsi se manifesterait plus net, plus claire, plus dramatique. Et il peignit, en 1891, la *Madelaine chez le Pharisien*. Ce fut un gros événement en peinture... J'aidit que beaucoup le blâmèrent, j'ajouterai que beaucoup l'imitèrent qui, aujourd'hui, se possent, à leur tour, en oseurs. Puis viennent, en 1892, la *Descente de Croix*; en 1894, le *Chemin de Croix*; en 1897, la *Poussée*, transposition analogue de l'idée anarchiste... Peinture au faire précieux, d'un art méticuleux, idéocrâne, d'un grand sentiment dramatique et bien évocatrice de notre temps, tourmenté et veule à la fois», Angelo Mariani, *Figures contemporaines tirées de l'album Mariani*, Paris, Librairie Henry Floury, 1901, s.p.

<sup>59</sup> El cajista de esta publicación, quizás poco familiarizado con el nombre del pintor francés, escribe Beraugd, designación que aparece regularizada luego, como Béraud, en la edición de los *Artículos* de 1925.

bres y humildes, abandonando los lugares comunes de la teología y la apoteosis pagana, sangrando por grandes causas humanas, mezclándose al movimiento social, compartiendo los sufrimientos del hambre y del desnudo<sup>60</sup> [etc., es el único válido, el verdadero, viene a decir el escritor].

Algún tiempo después, y en esta misma publicación madrileña, Joaquín Dicenta, tan afín a Burell en muchos sentidos, vuelve a remarcar la preferencia del Cristo humano y preocupado por la humanidad doliente frente al Cristo clerical y tradicional. El artículo de Dicenta<sup>61</sup> se denomina «Cristo en Montmartre» (1902), y lleva el subtítulo de «Impresión del cuadro célebre de Béraud». También Rubén Darío, en un sentido valorativo distinto, se hace eco de la pintura de este artista, al escribir:

Quando Jean Béraud ha querido, en nuestra época, poner a odiosos contemporáneos en presencia de Jesucristo, rehacer el Calvario en Montmartre y convertir en Magdalena a una dama cualquiera de chez Maxim's, la abominación del intento ha sido igualada por lo absurdo del resultado, el estallido ha sido súbito<sup>62</sup>.

En el fondo de toda esta vuelta a un Jesús más humano, preocupado por los pobres y los problemas de este mundo, está la conocida obra de Renán, *Vie de Jésus* (1863), que tanta trascendencia tuvo en Europa y también en España<sup>63</sup>. Azorín, aún con la firma J. Martínez Ruiz, en un texto influido por estas corrientes espirituales, «El Cristo nuevo» (1901), hace decir al mismo Salvador:

Uno de mis más amados discípulos, Ernesto Renan, ha dicho que yo fui un anarquista. Si ser anarquista es ser partidario del amor universal, destructor de todo poder, perseguidor de toda ley, declaro que fui anarquista<sup>64</sup>.

<sup>60</sup> Julio Burell, «Los dos Cristos», *Don Quijote*, 1 de septiembre de 1899, p. 1; la mayor parte del artículo se ocupa luego de establecer una relación entre la obra de Béraud y la de Ernest Renan, especialmente de la *Vida de Jesús*, de este último.

<sup>61</sup> Joaquín Dicenta, «Cristo en Montmartre (Impresión del célebre cuadro de Béraud)», *Don Quijote*, 1 de septiembre de 1899, p. 1. De acuerdo con las referencias insertas en esta evocación, creemos que el cuadro que titulan *Cristo en Montmartre* es el mismo que hemos señalado con el título de *Pietà*, aunque las referencias localizadas acerca del mismo no son muchas.

<sup>62</sup> Rubén Darío, «Diario de Italia», *Peregrinaciones*, pról. Justo Sierra, Paris, Viuda de Ch. Bouret, 1901, p. 197; Darío fecha este texto el 18 de octubre de 1900.

<sup>63</sup> Sobre el tema, cfr. Francisco Pérez Gutiérrez, *Renan en España*, Madrid, Taurus, 1988. El interés de Azorín por este autor y la corriente espiritual consiguiente en pp. 228-239.

<sup>64</sup> [José] Martínez Ruiz, «El Cristo nuevo», *Don Quijote*, 15 de noviembre de 1901, p. 4.

Por lo demás, la presencia de Cristo<sup>65</sup> en un ambiente moderno, de rasgos bohemios u obreros, es relativamente frecuente, con una asociación igualmente habitual a un contexto anarquista<sup>66</sup> o libertario, tal como recuerda un estudioso reciente:

Fue algo muy propio del momento y de la bohemia utilizar adjetivos místico-religiosos, o las alusiones a Cristo y la visión que se tenía de él como personaje socialista y amigo de obreros y bohemios. Han quedado las referencias de los artículos, más bien entre el cuento y la crónica, como el «Cristo en la fábrica» de Manuel Paso o el «Cristo [sic] en Fornos» de Julio Burell, donde sólo una prostituta es capaz de reconocer a Jesús cuando se aparece en el madrileño café de Fornos, catedral nocturna de literatos, artistas y bohemios. En la misma tendencia podemos considerar el Cristo de Antonio Palomero, que se le aparece providencialmente a un trabajador despedido tras una huelga, o al «Cristo leproso» de Francisco Villaespesa, o al «Cristo nuevo» de Azorín. Hay que tener en cuenta que ese mimetismo con la figura de Cristo fue una tendencia de fin de siglo. De hecho, todos los escritores, también Maeztu, Unamuno y Baroja, escribieron su historia en la que un Cristo deslumbrante y solemne, o revolucionario, interviene en forma de aparición, normalmente para amparar o apiadar o animar a algún ser sufriente y marginal<sup>67</sup>.

Desde el punto de vista literario, la narración ofrece diversas deudas con dos obras de don Benito Pérez Galdós, *La incógnita*<sup>68</sup>, de 1889, y *Realidad*, también publicada en 1889, a lo que hay que añadir la versión teatral de la última novela (en cinco jornadas, como indica la primera edi-

<sup>65</sup> Vid., al respecto, Jorge Urrutia, «El retorno de Cristo, tipo y mito», *Anales de Literatura Española*, 15, 2002, pp.237-257.

<sup>66</sup> Sobre estas cuestiones son fundamentales los estudios de la profesora Lily Litvak, *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, Barcelona, Antoni Bosch, 1981, de la que existe reedición reciente (Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2001), con prólogo de José Luis García Rúa; *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*, Madrid, Taurus, 1982; en p. 27, se ocupa de la figura de Cristo; no incluye esta estudiosa en la antología el relato de Burell, que no ofrece propiamente marcados rasgos anarquistas; *España 1900: Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, pról. Giovanni Allegra, Barcelona, Anthropos, 1990, etc.

<sup>67</sup> Miguel Ángel del Arco, *Cronistas bohemios: la rebeldía de la Gente Nueva en 1900*, Madrid, Taurus, 2017 (consulta on line).

<sup>68</sup> De esta novela se ocupó en un interesante trabajo nuestra llorada amiga Claire Nicolle-Robin (que firmaba en aquel momento como Claire N. Kerek de Robin, «*La incógnita*, de Benito Pérez Galdós: primera novela policiaca de la literatura española», en *Actas del Cuarto Congreso Internacional de estudios galdosianos, 1990*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 1993, vol. 1, pp. 413-419.

ción) que, con el mismo título, fue estrenada en el Teatro de la Comedia<sup>69</sup>, de Madrid, el día 15 de marzo de 1892.

Ambas novelas están construidas en torno a una trama amorosa, de adulterio femenino, en la que encontramos a la protagonista Augusta Cisneros<sup>70</sup> (María Guerrero, en la representación teatral), casada con Tomás Orozco, pero que tiene relaciones con el joven Federico Viera<sup>71</sup> (Emilio Thuillier); éste, a su vez, comparte su amor con una prostituta joven, denominada la Peri<sup>72</sup> (habitualmente llamada Leonor, en Galdós, y que fue interpretada en

<sup>69</sup> El texto de la versión teatral se incluye en las obras completas de Galdós: Benito Pérez Galdós, «Realidad. Drama en cinco actos y en prosa», *Obras completas. VI. Novelas. Teatro. Miscelánea*, ed. Federico Carlos Sáinz de Robles, Madrid, Aguilar, 1942, p. 527-576.

<sup>70</sup> Así aparece definida en el Índice de personajes, preparado por Federico Carlos Sáinz de Robles: «Hija de don Carlos y esposa de Tomás Orozco, excelente hombre, al que ella siempre admiró, pero jamás pudo amar, por lo que la dama buscó complemento [nótese el eufemismo para referirse al adulterio femenino] en el infeliz Federico Viera, muerto ante su vista», Benito Pérez Galdós, *Obras completas. VI. Novelas. Teatro. Miscelánea*, ed. Federico Carlos Sáinz de Robles, op. cit., p. 1866; Augusta aparece, según este mismo índice, en *La incógnita*, en *Realidad* y en *Torquemada y San Pedro*, además del drama del mismo título que la segunda novela citada.

<sup>71</sup> Caracterizado así, en el índice antes citado: «Desdichado personaje, mal educado por sus padres, jugador de ventaja, frecuentador de garitos y de tertulias de alta sociedad, sin otros medios de fortuna que la suerte. Amante de Augusta Cisneros y hombre tan delicado en punto de honor, a pesar de su irregular existencia, que se suicida ante su amada al pretender convencerlo ésta de que acepe una dádiva», *ibid.*, p. 2156; está presente el personaje en *La incógnita*, en *Realidad* y en *Torquemada en el Purgatorio*. La crítica ha visto algo quijotesco en la actuación de este personaje: «Quijotesco a su manera es Federico Viera, el de *La incógnita* y *Realidad*, aunque con quijotismo empapado en los prejuicios del siglo», Ricardo Gullón, *Galdós, novelista moderno*, Madrid, Gredos, 1973, p. 58; quizás se refiera Gullón al prejuicio de no querer aceptar dinero por parte del marido de su amante, aunque en el fondo lo que parece existir es una actuación de orgullo y una atracción por su amigo Orozco: «En Viera el orgullo suple a la energía. Una vida difícil, al borde de la humillación y el deshonor, hasta llegar con conflicto entre el amor por Augusta y la atracción indefinible —indefinible para él— que siente por Orozco. Los acontecimientos de los últimos días de su vida —y los precedentes de tales sucesos— le empujan a la muerte», *ibid.*, p. 108.

<sup>72</sup> He aquí sus rasgos básicos: «Mujer de vida alegre, pero de clientela elegante y distinguida. Antigua amante de Federico Viera y luego leal amiga suya, con ciertos rasgos de abnegación y altura moral para su profesión», Benito Pérez Galdós, *Obras completas. VI. Novelas. Teatro. Miscelánea*, ed. Federico Carlos Sáinz de Robles, op. cit., p. 2038. De ésta, que es la verdadera protagonista de «Jesucristo en Fornos», junto con la figura irreal de Cristo, nos dice un personaje galdosiano (Manolo Infante, narrador o autor de las cartas en la novela epistolar *La incógnita*): «La Peri... esto de la Peri yo no sé de dónde diablos viene. Puede que algún rancio etimologista te lo pueda explicar. Yo lo que sé es que se llama Leonor, y que el origen del apodo se encontraría en el misterioso lexicón de la gente del bronce. También sé, sin necesidad de recurrir a las

la representación por la Srta. Julia Martínez). Nos referimos más a la pieza teatral porque la novela *Realidad* parece que no gozó de gran éxito, en tanto que el drama, como cualquier obra de teatro, llegó de inmediato a un público más amplio e indiferenciado. De lo primero, del poco éxito de *Realidad*, nos da noticia, por ejemplo, un crítico de la época, Antonio de Balbuena, al tratar de la escasez de lectores de las mismas:

No todo el mundo ha leído la novela. Por el contrario, creo que la leyó muy poca gente. Y recuerdo que los críticos amigos del autor, para explicar aquella indiferencia del público, sin confesar que la novela era, como ahora se dice, una lata, dijeron que no podía apreciarse el mérito de *Realidad* sin leer al mismo tiempo *La Incógnita*, de la cual era continuación, no precisamente a lo largo, sino a lo ancho; que las dos novelas se completaban paralelamente... [...] Quedamos, pues, en que no todo el mundo ha leído la novela; y si no, aquí me tienen ustedes a mí que, formando parte del mundo, tengo el gusto de no haberla leído... Vamos, de no haber leído de ella más que el capítulo que publicó un periódico para muestra<sup>73</sup>.

Tampoco parece que la adaptación teatral tuviera mucho éxito de público, porque sólo estuvo en cartel unos tres días<sup>74</sup>, aunque las críticas

---

bibliotecas, que Leonor es monísima, elegante, depravada y con muy buena sombra para hacer olvidar su relajación; mujer de excepcionales dotes para atontar a los hombres, y que, de nacer en Francia, habría sido una celebridad. Aquí no lo es sino en los círculos puramente madrileños y a media voz; pero su fama, sin llegar nunca a la difusión que dan las letras de molde, toca en los límites de la popularidad. Se ha comido a media docena de hijos de familia, y se ha merendado a dos ó tres viejos verdes. Es simpática, todo lo simpática que puede ser una serpiente de manchada piel, cabeza chata y diente venenoso», Benito Pérez Galdós, *La incógnita*, en *Obras completas. V. Novelas*, ed. Federico Carlos Sáinz de Robles, Madrid, Aguilar, 1942, p. 755. Hay en el texto de Burell otros personajes de origen galdosiano, como Cisneros o Malibrán, pero su importancia es menor. Con respecto a Cisneros, escribe un crítico de nuestro tiempo: «el viejo Cisneros, el personaje de *La incógnita*, incrédulo absoluto, que espera y desea, o dice desear, una revolución total, aunque entre tanto se resigne a enriquecerse y prosperar con el mayor cinismo, indiferente a cuanto el mundo piense», Ricardo Gullón, *Galdós, novelista moderno*, op. cit., p. 49.

<sup>73</sup> Antonio de Balbuena, «Ni tanto ni tan calvo», *Agridulces, políticos y literarios*, Madrid, La España Editorial, 1892, p. 228.

<sup>74</sup> «La obra, además de ser inmoral, resultó aburridora en extremo. Así lo dijeron con bastante claridad *El Liberal*, *El País* y algunos otros periódicos que no quisieron enganar a sus lectores, sino manifestarles la verdad honradamente. Por eso, a pesar de las mentiras de otros críticos y críticas empeñados en salvar la obra, a la tercera noche estaba ya el teatro casi desierto. Gracias a Dios, todavía no hay mucha gente que quiera ir al teatro a enterarse de cómo hablan las rameritas con los pederastros, ni oír que el



favorables de los intelectuales amigos de Galdós fueron dominantes en el momento del estreno, entre las que encontramos la muy extensa de doña Emilia Pardo Bazán<sup>75</sup> y la muy elogiosa del propio Julio Burell, que llega a comparar el drama del novelista con algunas obras de teatro de Shakespeare. «Después de los dos últimos actos del drama —escribe Burell—, puede asegurarse que por el teatro de la Comedia pasó Shakespeare mismo, con su carne y con sus huesos, y lo que es más, con el genio que engendró las cóleras de *Otelo* y la figura extrañamente dramática de Cleopatra»<sup>76</sup>. Y añade luego:

El acto cuarto —el suicidio de Federico— es el sùmmum de lo dramático. Shakespeare, con su Hamlet, ha mostrado abismos y cielos; cielos y abismos muestra también este *Hamlet* que Galdós ha hecho con limo del arroyo y escorias de los burdeles. El acto quinto es aterradoramente bello... *Orozco* libra su última lucha con la tierra, con lo limitado, con lo finito...<sup>77</sup>.

El triángulo galdosiano de Augusta, Federico y la Peri planea parcialmente sobre el texto del relato de Burell, puesto que la relación ya ha sucedido, Federico ha muerto (se había suicidado de un tiro, al final del acto cuarto de Galdós; la joven expresa así esta circunstancia en el texto de Burell: «La noche de tu suicidio creí volverme loca») y la Peri lo recuerda con intensidad, de tal manera que cuando aparece la figura de Cristo piensa que es una aparición fantasmagórica del amante desaparecido. Claro que lo que en Galdós suponía centenares de páginas en la novela, o cinco largos actos en el drama, en el relato de Burell está sintetizado en muy pocas páginas, en unos renglones prácticamente (Augusta solamente se menciona una vez), de tal manera que sólo los lectores o espectadores de las obras citadas de Galdós podrían establecer alguna relación de continuidad, rela-

---

suicidio es un signo de grandeza moral y otras enormidades por el estilo», *ibid.*, p. 234, nota.

<sup>75</sup> Emilia Pardo Bazán, «*Realidad*, drama de don Benito Pérez Galdós», *Nuevo Teatro Crítico*, núm. 16, abril de 1892, pp.19-69.

<sup>76</sup> Julio Burell, «El drama de Pérez Galdós. *Realidad*, drama en cinco actos de don B. Pérez Galdós, estrenado anoche en el Teatro de la Comedia», *El Día*, 16 de marzo de 1892, p. 1.

<sup>77</sup> *Ibid.* Si, como señalamos a continuación, los personajes de Galdós son referente inicial en el relato de Burell, hay que señalar como fecha probable de redacción del mismo el espacio temporal que va entre esta fecha, 16 de marzo de 1892, y la primera edición de «Jesucristo en Fornos», correspondiente al 1 de febrero de 1894, en el *Heraldo de Madrid*, es decir, unos dos años escasos. En el comentario crítico de la obra de Galdós, Burell utiliza similares recursos tipográficos a los que emplea en «Jesucristo en Fornos»; por ejemplo, la cursiva en los nombres de los personajes del drama.

ción, por otra parte, que no hemos visto citada en ningún lugar y que merecería más atención que la que le dedicamos en este momento.

De esta manera, lo esencial de Burell (la aparición de Cristo a la prostituta, que ofrece algunos rasgos icónicos de María Magdalena, y las palabras de consuelo que el Salvador dirige a los marginados de la tierra) no parece tener conexión alguna con el drama galdosiano, aunque el planteamiento de los personajes se haga a raíz de las obras citadas, sobre todo de la pieza teatral, puesto que parece que las novelas no supusieron un gran éxito en la trayectoria novelística de Galdós, como ya se ha indicado.

Por lo que respecta al lugar de la acción, el famoso Café de Fornos, hay que señalar que el artículo de Burell sirvió para acentuar la singular fama que había adquirido este establecimiento madrileño desde las últimas décadas del siglo XIX.

Situado cerca del Teatro Apolo, en la calle Alcalá, esquina a Peligros, era el sitio elegante del Fin de Siglo. Frecuentado por un público heterogéneo, que visitaba también el teatro cercano, lo recuerda así un periodista de las primeras décadas del XX, oculto bajo el seudónimo de «El Barbero Lamparilla»:

Entre Fornos y Apolo existía una simpática relación. El Madrid de «Lola, la billetera» y del perro Paco salía de Fornos para ir a la cuarta de Apolo, que terminaba de madrugada, y desde el teatro volvía al café, a la hora de las cenas de dos pesetas y de los cenáculos literarios, políticos y mundanos. Fornos era la vitrina de la celebridad; desde el calañés y la onza de oro del torero de tronío, al mantón alfombrado de la descendiente de las «cucas», del entresuelo del café, donde setiraba al monte a todo trapo; la chistera y el verbo elocuente de Julio Burell, los retruécanos de Palomero, el inspirador de *Gedeón*, «el periódico de menor circulación»; los sarcasmos de aquel fauno con levita que se llamaba Salvador Granés y las líricas melancolías de aquel moribundo poeta que era Manolito Paso. Viñeta de un Madrid sin ínfulas de gran ciudad, simpático y pequeño<sup>78</sup>.

El recinto se nos describe como «un café montado a todo lujo, decorado con pinturas y tapices, alfombras y cómodos sofás, que contaba en la

<sup>78</sup> El Barbero Lamparilla, «El Madrid que ya no existe. Cómo era Apolo cuando se llamó teatro de Moratín», *La Libertad*, 31 de agosto de 1933, p. 5. Diversas referencias al café de Fornos encontramos en el libro de Federico Carlos Sáinz de Robles, *Madrid. Autobiografía*, Madrid, Aguilar, 1949, pp. 1184-1185, 1268-1272, etc. Con la historia del perro Paco, curioso animal que se había instalado en el café con el beneplácito de los clientes y de los dueños del establecimiento.

parte superior con un amplio corredor y en el entresuelo unos cuantos reservados para los hombres de negocios y para las parejas que no querían ser vistas»<sup>79</sup>.

Aparece este singular establecimiento madrileño en algunas obras literarias, como constatamos, por ejemplo, en un extenso poema de Salvador Rueda, titulado precisamente *Fornos. Poema en seis cantos* (1896), aunque el autor se encarga de aclarar en un breve prólogo que no se está refiriendo al café madrileño, sino que por antonomasia cualquier café sufre ese apelativo<sup>80</sup>. El protagonista del poema, llamado Julio Olivares, llega a Madrid y allí se queda mirando un café, un lugar majestuoso que ofrece todo los rasgos del Fornos, además de la ubicación del mismo, en la citada calle de Alcalá; es lo que se desprende de estos versos:

Vagó en la calle de Alcalá, y rendido  
de soñar tanta loca fantasía,  
vió un café por el arte embellecido,  
rico y deslumbrador para el sentido  
como una bacanal de la alegría,  
y entrando para ver sus hermosuras

<sup>79</sup> Apud Cristián H. Ricci, *El espacio urbano en la narrativa del Madrid de la Edad de Plata (1900-1938)*, Madrid, CSIC, 2009, p. 39 (consulta on line). Para la historia y el desarrollo de este establecimiento comercial es básico el artículo de Mónica Vázquez Astorga, «El *café de Fornos* (1870-1909) de Madrid, epicentro social y cultural en la calle de Alcalá», *Arte y Ciudad. Revista de Investigación*, núm. 14, octubre de 2018, pp. 8-32, con numerosas e interesantes ilustraciones.

<sup>80</sup> Así escribe el poeta malagueño en la advertencia que precede al poema: «Titulo *FOR-NOS* este poema, porque esa palabra ha venido a ser en España algo así como un sinónimo de *El Café*, y porque, además, es eufónica y simpática para mi oído y la creo digna de titular una obra de arte. Y ahí acaba toda la relación que tiene mi poema con el más brillante café de Madrid y de España, toda vez que el público de mi obra no es el de ningún establecimiento determinado: es *el público en general*», Salvador Rueda, *Fornos. Poema en seis cantos*, Madrid, Tipografía de los hijos de M. G. Hernández, 1896, p. 9. Quizás sea una simple coincidencia la que puede establecerse entre el nombre del protagonista del poema, Julio Olivares, un joven abogado andaluz que marcha a Madrid a conquistar la capital, y la personalidad y trayectoria vital de Julio Burell, aunque además el personaje literario sueña en ser escuchado en el Congreso, cae en el vicio, asiste a juergas con cante y seguidillas, etc. Con respecto a las fechas de edición de los textos de ambos escritores, hay que recordar que «Jesucristo en Fornos» se editó el día 1 de febrero de 1894, en el extraordinario ilustrado del *Heraldo de Madrid*, y que el poema de Rueda está fechado, según vemos en el final del impreso, en Madrid, agosto de 1895, aunque la edición sea del año siguiente. Del conocimiento entre ambos (y posible amistad) da fe el documentado artículo de Marta Palenque, «Salvador Rueda, director de ‘La Gran Vía’ (1894-1895) y la renovación poética finisecular», *España Contemporánea: Revista de literatura y cultura*, tomo 15, 1, 2002, pp. 31-54 (consulta on line en cervantesvirtual.com).

sentóse en un diván de terciopelo,  
y quedó contemplando las pinturas  
en la actitud de quien contempla el cielo<sup>81</sup>.

Se trata de un poema de amplio aliento, dentro de una corriente que practica el poeta malagueño en los años del fin de siglo, como él mismo recuerda en la revista *La Gran Vía*:

Sabido es que Salvador Rueda, una vez por él resuelto, a fuerza de trabajo, el problema de su vida material (primer caso de un poeta *lírico* español), se dedica en la actualidad a labrar poemas de extensión y de una importancia e índole distintas a todo lo que ha escrito hasta ahora. Ya ha terminado *Fornos*, un poema *moderno* en seis cantos, que es de una gran lucha literaria, y que publicará en el próximo diciembre; y actualmente Rueda trabaja en otro poema de trascendencia, *El Bloque* [...] <sup>82</sup>.

Por su parte Burell, con su relato tantas veces leído y editado, colabora en la fama que adquiere el singular lugar de recreo y de convivencia, de manera que no es de extrañar que, cuando fallece el famoso periodista, el establecimiento cierre sus puertas en señal de duelo. Esto aparece en varios lugares de la prensa de la época, en los siguientes términos:

En testimonio de duelo por la muerte de Burell, hoy ha cerrado sus puertas el antiguo café Fornos. Los dueños han querido asociarse de este modo al dolor que ocasiona la desgracia, por haber sido este café testigo de las luchas juveniles de Burell<sup>83</sup>.

En consecuencia, no es de extrañar que, con frecuencia, el nombre de Fornos aparezca asociado al relato de Burell. Así lo recuerda un crítico, el ya citado Gutiérrez Ravé, al referirse precisamente al texto de Burell:

Fornos, el café de Fornos, y especialmente sus altos, que nosotros sólo alcanzamos a conocer en relatos literarios, era a princi-

<sup>81</sup> Salvador Rueda, *Fornos. Poema en seis cantos*, op. cit., p. 28.

<sup>82</sup> Salvador Rueda, *El Bloque* (Fragmento), *La Gran Vía*, 22 de septiembre de 1895, s.p.; cursivas en el original. Como se ha indicado, Rueda era en esta época el director de esta publicación madrileña. Por otras vías, tenemos noticia que de Rueda había recibido la ayuda de Burell, como ocurrió en el caso de tantos otros intelectuales del momento; cfr. el artículo de José B. Muñoz Ruiz, «El poeta muerto. Salvador Rueda», *El Defensor de Granada*, 5 de abril de 1933, p. 4, donde escribe el autor: «Un ministro, también poeta, aunque no escribiera versos [ya sabemos que sí escribió versos], el gran periodista Julio Burell, condolido de la pobreza del cantor andaluz, la abrió las puertas de la burocracia, creando una plaza para que cobrara un sueldo. / Las gentes de corazón aplaudieron el gesto de Burell».

<sup>83</sup> «Gran manifestación de duelo. Entierro de D. Julio Burell», *La Época*, 22 de febrero de 1919, p. [3].

pios del siglo XX el lugar de moda madrileño, con ágapes ruidosos, pendencieros y un tanto libidinosos, a estilo París, de cuanto bullía y triunfaba en la Villa y Corte, ya fuera en sociedad, en el teatro, en la política, en las artes o en el periodismo.

Burell, en su famoso artículo, pinta expresivamente una orgía en Fornos, y cuando ésta se halla en su punto álgido, la aparición de un hombre, al que nadie ha visto entrar, hace que la principal figura femenina del grupo lance un grito de asombro que paraliza la alegría general. Ella, la «Peri», se acerca a quien llama Federico y colma de elogios y le pide la saque de esta pesadilla, pues hace poco que le amortajó y cubrió su sepulcro de flores<sup>84</sup>.

Pero volvamos al relato «Jesucristo en Fornos», del que afirma José Carlos Mainer que sirvió para afianzar el prestigio del periodista. Su publicación en *Germinal* es un dato sintomático de la ideología progresista que para esos años sustentaba Burell, aunque luego evolucionara hacia posiciones más conservadoras, como lo hicieron muchos otros componentes del 98, entre los que se encuentran Unamuno, Azorín o Maeztu.

El sentido del texto parece claro de acuerdo con su contenido: en una juerga de aristócratas y prostitutas, que se convierte casi en una bacanal, aparece un personaje misterioso que, por sus palabras, se identifica con Cristo. Hay un rechazo completo de este personaje por parte de los ricos, que lo tildan incluso de anarquista, en tanto que sólo una desgraciada prostituta parece prestarle atención, hasta que la aparición misteriosa se disuelve dejando una estela de luz.

En el fondo se aprecia una concepción del cristianismo cercano a los pobres y a los personajes marginales de la sociedad y, por contrapartida, alejado de los estamentos superiores. Además, por la publicación en *Germinal*, hay que señalar que el pensamiento socialista no debía serle completamente ajeno a Burell, puesto que la revista madrileña<sup>85</sup>, dirigida en esa etapa, de 1897-98, por Joaquín Dicenta (autor tan importante en el teatro social de finales de siglo), era una publicación muy representativa del socialismo republicano. La causa obrera, la defensa del pobre y del oprimido, son elementos constantes en la publicación mencionada. Se proclama la justicia social antes que la caridad, elemento que tranquiliza la conciencia de los ricos. El programa de la revista, resumido en doce puntos, es un auténtico programa de acción política socialista marxista, aunque

<sup>84</sup> José Gutiérrez Ravé, *Artículos famosos*, op. cit., p. 160.

<sup>85</sup> Sobre esta publicación sigue siendo fundamental la aportación de Rafael Pérez de la Dehesa, *El grupo «Germinal»: una clave del 98*, Madrid, Taurus, 1970. Encontramos alguna referencia a Burell en este estudio, p. 39, n. 11; p. 81.

también se aprecia cierta relación con el anarquismo. Sin embargo, hay una continuada presencia de lo religioso en las páginas de *Germinal*, lo que no es una contradicción en aquel momento histórico, puesto que lo que se atacaba no era al cristianismo (que ofrece abundantes elementos de confluencia con el socialismo) sino a la iglesia como institución antiprogresista.

El texto, publicado en el número 9 (1897)<sup>86</sup>, y dispuesto en dos columnas, lleva la siguiente introducción, bajo el título de «Un artículo de Burell»:

La generosa promesa con que ha favorecido a la Redacción de GERMINAL el ilustre escritor D. Julio Burell, ofreciéndole su valiosísima colaboración, es tan lisonjera para nosotros, que nos apresuramos a honrar con su firma las columnas de nuestra revista, reproduciendo uno de los artículos más hermosos que ha producido la brillante pluma del gallardo escritor, de quien esperamos el trabajo ofrecido con la impaciencia que desde luego sentirán con nosotros los lectores de GERMINAL<sup>87</sup>.

## JESUCRISTO EN FORNOS

Bajaba hasta la calle, como catarata de la orgía, el estruendo de aquella dorada locura, que allá, en lo alto, en el confortable rincón del *restaurant* a la moda, se anegaba en *champagne* y se ahitaba de besos, de trufas y de ostras.

— ¡Que la *Peri*<sup>88</sup> dé cuatro *pataítas* sobre la mesa...; que *Lucy* baile con *Gorito Sardona* el *pas-à-quatre*!... gritaban como energúmenos los jóvenes alegres.

<sup>86</sup> «Un artículo de Burell. Jesucristo en Fornos», *Germinal*, núm. 9, 2 de julio de 1897, p. 2. Precede al relato un artículo de Ernesto Bark, «El socialismo alemán (Karl Marx)» y siguen textos de Eusebio Blasco, Joaquín Dicenta, Jacinto Benavente, Jurado de la Parra, etc., junto con un facsímil de una carta escrita por un grupo de anarquistas presos en el castillo de Montjuich. Curiosamente vuelve a repetirse también en este número el mismo poema de Joaquín Dicenta (un soneto de ambiente pictórico, en torno a una mujer desnuda, titulado «En el estudio») que aparecía en *El Heraldo de Madrid*, correspondiente al *Heraldo de Madrid*, febrero de 1894, donde apareció primeramente «Jesucristo en Fornos». Con el título «Boceto», está recogido en la colección de Joaquín Dicenta, *Del tiempo mozo. Versos*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1912, pp. 151-152.

<sup>87</sup> Mantenemos en la transcripción que sigue las cursivas, que se corresponden por lo general con préstamos del francés, coloquialismos o denominaciones específicas de los personajes.

<sup>88</sup> El empleo de las cursivas en los nombres de los personajes nos sugiere que Burell está describiendo una escena realmente vivida, cuyos personajes oculta mediante el nom-

Y mientras *Polito* «estampaba» con sus labios borrachos un cómico beso sobre la frente de *Matilde*, y mientras *Malibrán* pasaba su brazo por el talle de *Susana*, la voz del viejo *Cisneros* dejóse oír, formidable y terrible.

—Hijos míos —exclamó adoptando actitudes tribunicias— sois unos sinvergüenzas; no valéis para nada; viejo y todo, estoy seguro de que estas nobles damas me encuentran más guapo y más fuerte que vosotros...

Un aplauso formidable, un ¡hurra! entusiasta respondió a las palabras del sátiro... Y *Cisneros* continuó:

— Si no fuerais gente que pierde la cabeza con cuatro copas de *champagne*; si supierais respetar a las señoras y honrar con una compostura decorosa mis canas venerables, os invitaría...

— ¡Viva *Cisneros*!

—¡Viva el amigo de la juventud y de los placeres honestos! —gritó el distinguido concurso.

Y el reverdecido Sileno<sup>89</sup> acabó la frase diciendo:

—... Os invitaría a vaciar una copa de manzanilla en casa de la *Peri*, y a ganarnos honradamente unos cuantos *luises*<sup>90</sup> a un *baccarrattournant*...

La última palabra determinó un verdadero delirio. El pobre *Cisneros* era abrazado, estrujado, besado... *Malibrán*, dejando el talle de *Matilde*,

---

bre inventado; quizás fuesen, en su momento, nombres en clave, en la actualidad y para nosotros completamente oscurecidos, aunque algunos, los más importantes (la *Peri* y Federico Viera), como hemos indicado en la introducción, proceden de *La incógnita* y de *Realidad* (1889), obras narrativas de Galdós y, especialmente, de la versión teatral de *Realidad* (1892). La referencia a las *pataítas* sobre la mesa nos hace pensar que la *Peri* fuese, además de prostituta de lujo, bailaora de flamenco. Por lo que respecta al nombre del personaje, la *Peri*, procede de la designación de una especie de hada persa, bella y bondadosa. Victor Hugo la incluye en uno de sus poemas («La fée et la Péri», en uno de sus primeros libros, *Balades*, 1823-1828; hay una traducción en el libro de Teodoro Llorente, *Leyendas de oro*, Valencia, Aguilar, c. 1875, pp. 59-69). Por su parte, Juan Valera tradujo «libremente» del inglés una composición titulada «El paraíso y la *Peri*, leyenda oriental», de Tomás Moore; cfr. Juan Valera, *Poesías*, Madrid, Rivadeneyra, 1858, pp.155-180.

<sup>89</sup> En el sentido de «viejo verde y borracho», puesto que Sileno es el dios del vino, padre adoptivo y compañero del más conocido dios Dionisos.

<sup>90</sup> Nótese el afrancesamiento de los personajes que van a jugarse unos «luises», moneda francesa, no unos duros, como se diría en español coloquial, en un *baccarrattournant*, que es, a nuestro entender, el nombre francés del conocido juego de la ruleta, aunque también hay un bacarrá de cartas. Más correcto sería decir *baccarrattournante*, puesto que el término *baccarrat* es femenino.

corrió al piano y tocó el *himno de Boulanger*...<sup>91</sup>. La *Peri*, tomando el brazo de *Cisneros*, hizo ademán de adelantarse a la puerta, y con una graciosa reverencia dijo en tono de gran duquesa:

— Señoras y señores: espero a ustedes, con mi real esposo, en nuestros augustos salones...

Chocaban las copas, chocaban los cuerpos, el piano arrojaba un vértigo de salvajes ruidos... De pronto, la *Peri* se separó de *Cisneros* y lanzó un grito terrible.

— ¡Federico!... ¡Federico!...

Nadie había visto entrar a aquel hombre; la puerta no se había entreabierto siquiera... El asombro fue general... Cesaron en su vértigo los cuerpos, calló el endiablado piano... Circuló por el aire de bacanal una corriente de miedo... Sólo la *Peri* se atrevió a acercarse al recién llegado:

— ¡Federico, Federico mío! háblame, sácame de esta pesadilla... Yo amortajé tu pobre cuerpo, yo besé tu cara, cien y cien veces, para darte calor; yo insulté a la muerte cuando te metieron en la caja; yo cubrí tu sepultura de flores... No eras nada mío, y eras la única luz de mi alma; te llamaba la gente *perdido*, y sólo yo, la *Peri*, la *pública*, sabía que el corazón no te cabía en el pecho, y que eras bueno, y leal, y noble...

La noche de tu suicidio creí volverme loca... No te mataste tú: te mató el mundo, el mundo que aquí se emborracha con la *Peri*, diciéndole que baile, y después hace mil reverencias a *Currita*, llamándola virtuosa; el mundo, que hallaba infame tu cariño y el mío, y te llamaba tonto porque no explotabas a *Augusta*...

<sup>91</sup> Parece tratarse de un himno militar de carácter revolucionario, cfr. Joan PubillBrugués, «Dos populismos modernos: Boulangismo y Lerrouxismo. Nación, clase e identidad en los albores de la sociedad de masas», *La Historia, lost in traslation? Actas del XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, ed. Damián A. González, Manuel Ortiz Heras y Juan Sisinio Pérez Garzón, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2017, p. 1181, consulta on line. El general francés Georges Boulanger, que suele dar nombre al himno, se había suicidado el 30 de septiembre de 1891, de lo que los periódicos españoles incluyen amplia información, cfr. «Boulanger», *El País*, 1 de octubre de 1891, p. 2; interesa la fecha indicada (1891) puesto que el luctuoso suceso, igual que el estreno de *Realidad* (1892), pudieron gravitar sobre el universo literario que plantea Burell en este relato (1894). En otra publicación encontramos referencias que vienen a corroborar que el himno citado corresponde a este personaje: «Su gran popularidad fue debida, en parte, al célebre Paules, actor de café cantante, quien modificando la canción «En revenant de la revue» [1886], la convirtió en himno del *bravo general*», ‘El general Boulanger’, *La Justicia*, 1 de octubre de 1891, p. 1.



El desconocido tendió la mano a la mujerzuela...

— Te equivocas, le dijo, no soy *Viera*; no soy tu *Federico*; mira esta mano atarazada; mira este costado sangriento: deslumbra tus ojos en el místico nimbo que sobre mi frente resplandece... Soy la voz de todos los dolores, el eco de todos los torrentes, la sombra protectora de todo lo que cae, la última esperanza de todo lo que va muriendo... Soy también el amor que redime, soy la humildad que perdona, la mansedumbre que no se cansa, la llama que conforta y no quema... Soy el que nunca muere, el que nunca pasa, el que se alegró en Galilea<sup>92</sup> y sudó sangre en Jerusalén... El que perdonó a la adúltera, el que curó al leproso, el que confundió al fariseo, el que templó su sed en el cántaro de la Samaritana. El que dijo al rico codicioso: «Deja tu casa y tu heredad y sigue mis pasos». El que enseñó al pobre a vivir contento con sólo el pan de cada día. El que perdonó las injurias, el que convirtió su cuerpo en pan de las almas, el que dijo: «Perdónales, que no saben lo que se hacen», y redimió con su sangre divina el pecado mortal del hombre... Soy Cristo... Abrázame...

El estupor primero había producido, a su vez, un silencio profundo. El desconocido pudo pronunciar en paz solemne y casi religiosa, sus divinas palabras... Pero pasada la sorpresa, el ataque neurósico [sic]<sup>93</sup> de aquellas gentes distinguidas alcanzó proporciones de escándalo.

— ¡Fuera...! ¡Fuera...! ¡Embustero...! ¡Anarquista...! gritaban todos como energúmenos.

— ¡Ahí va todo eso! dijo *Gorito Sardana* arrojando sobre aquella sombra misteriosa una copa de *Champagne*<sup>94</sup>.

— ¡Camarero! exclamó indignado *Malibrán*... ¿Qué servicio es el de esta casa? ¿Cómo pueden llegar hasta nosotros estos tipos?

<sup>92</sup> Empieza una enumeración de diversos episodios y aspectos de la vida de Cristo, muy conocidos, por lo que nos abstenemos de anotarlos. Igual hacemos con otras referencias posteriores en las palabras del mismo personaje.

<sup>93</sup> Igual término en la versión de 1894, que no ofrece variante alguna con relación a esta edición. En algunas ediciones posteriores aparecen enmendado en *neurótico* (no en la edición de los *Artículos*, de 1925); quizás no se trate de un error del cajista del periódico, como pudiera pensarse en la actualidad, sino que en su momento (siglo XIX) sería el derivado gramaticalmente lógico de *neurosis*, es decir, *neurósico*.

<sup>94</sup> En algunas ediciones, por ejemplo, en los *Artículos* de 1925, aparece ya modificada la palabra con minúscula, como corresponde al genérico de la bebida francesa, pero preferimos la fidelidad al texto, aunque sepamos que no se refiere a la región francesa que produce la citada bebida.

El desconocido, sin inmutarse ni moverse, con expresión de paz sublimada en el rostro, volvió a hablar, lleno de dulzura:

— Yo perdono vuestros delirios; sois carne y sois pecado; pero también podéis ser arrepentimiento y amor... La hora presente es casi igual a aquella terrible y suprema en que fui llevado hasta el Calvario... El orgullo, el egoísmo, la ambición, la soberbia, la lujuria y el orgullo humanos, se pasean frenéticos por el mundo... Vuestros corazones están mucho más fríos que el triste cuerpo de Lázaro. Los de arriba cabalgáis sobre los siete pecados capitales. Los que están abajo, sólo ponen sus esperanzas en el odio que envenena y en la dinamita que mata. Mientras vosotros os prostituís en la carne y en la lujuria, a vuestro lado, sobre las aceras de la calle, hay niños que lloran de hambre y frío: mientras vosotros os indigestáis de lo superfluo, no lejos de aquí hay muchos hogares sin lumbre y sin pan; mientras vosotros entonáis el himno de la locura envilecida, allí abajo hay otros locos que esperan la hora de suprimiros... ¡Y es tan fácil tener caridad y es tan dulce sentir amor...! Venid a mí: yo perfumaré vuestras almas con la flor mística de Sión; yo trocaré vuestra lascivia en suave llama del espíritu; yo fertilizaré la tierra seca de vuestros corazones agotados; yo daré de beber a vuestros labios sin calor, la sangre ardiente de mi costado herido... Venid: ¡soy la única esperanza...!

— ¡Fuera! ¡Fuera! volvieron a clamar los caballeros y las damas...

— ¡Camarero, ponga usted a este anarquista en la calle! gritó *Malibrán*.

— ¡Bah! Lo mejor es darle un puntapié, dijo *Cisneros*, y se lanzó hacia la sombra.

Pero la *Petí* le detuvo por el brazo...

— Mira, viejo borracho, le dijo: si das un paso, te estrangulo...

Y al decir esto, llegó hasta ella una llama deslumbradora...

Era el rastro luminoso que, al alejarse, había dejado el desconocido.

Julio BURELL

Julio Burell  
de  
Burell  
y de  
María de la Cruz  
Cuéllar

23

En la Villa de Yanajar, correspondiente a la Merindad y Obis-  
pado de Cordoba, en cuatro días del mes de febrero de mil e-  
ochocientos cincuenta y nueve: Yo D. Juan Romero Chacra  
Público, cura propio de la Iglesia Parroquial del señor  
Santiago de la misma, y examinador sinodal de los Niños-  
dote de Juan Guadalupe y Doña Beatriz solemnemente a un  
niño que nació el día primero de dho. mes, como a las ocho  
de la mañana, hijo legítimo de D. Burell Burell Cuéllar,  
natural y vecino de una Villa y hermandad en la misma,  
y de D. María de la Aurora Cuéllar y Morúa, natural  
de San. Burell patrona D. Francisco Burell y Cuéllar  
y D. María de la Soledad Cuéllar y Pastor, el primero  
natural de una Villa de Yanajar, y la segunda de labra;  
y padrinos, D. Angel Cuéllar y Morúa, natural de Cor-  
tes de la Alamo, y D. María de la Soledad Morúa y  
Morúa, natural de una referida villa: a lo que por nom-  
bre, Julio Burell, Francisco de San. Angel de la Aurora,  
Julio de la Soledad, Alberto, Adriano, Victoria de los Dolores,  
Manuel, Ramón, Isi, Acido, Luis, Marciano, Evangelista,  
Roque, Manzo, Saucho, Patricio, Rodrigo, Lope, Martin y  
Felia: fue un padrino D. Angel Cuéllar y Morúa, soltero, her-  
mandad, natural de San. y vecino de una Villa, a quien  
cabe el parentesco espiritual y obligaciones que por él con-  
tinúa; como también D. Manuel Andilla, D. Simón y Justino  
y D. Rafael Noque. Y para que conste, entendí y subscribí en  
presencia pública en el libro de bautismos de una Parroquia  
dho. día, mes y año. Oropesa = Juan Romero  
habo.

Partida de nacimiento de Julio Burell y Cuéllar

Julio Burell

Firma autógrafa de Julio Burell, 1917



**El ilustre periodista y ex ministro D. Julio Burell, con su señora  
y sus hijos, en un gabinete de su casa particular**

FOT. SALAZAR

*Mundo Gráfico*, 7 de enero de 1914

CRÓNICA GRÁFICA

UNA GRAN FIGURA DEL PERIODISMO, QUE DESAPARECE



D. JULIO BURELL  
Ilustre periodista y ex ministro liberal, que ha fallecido el día 21 del corriente

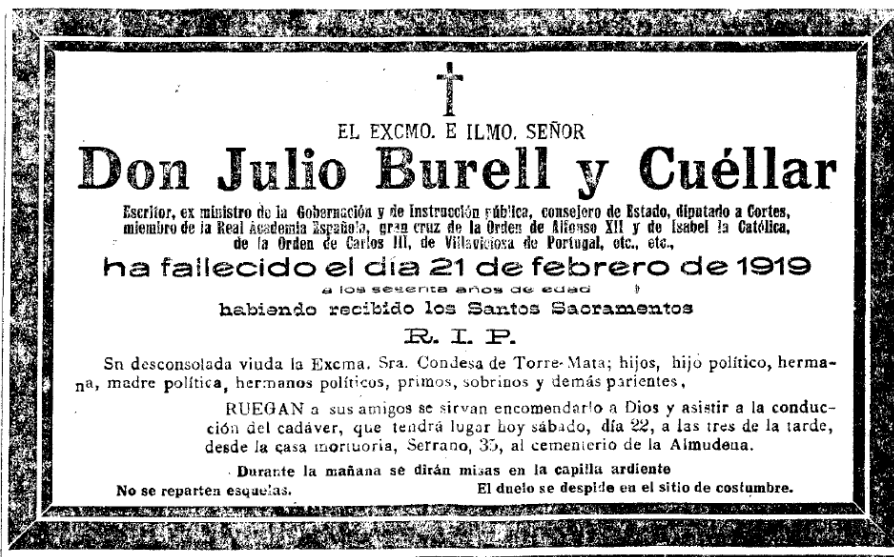
FOT. CAMPRA

*Mundo Gráfico*, 26 de febrero de 1919



**JULIO BURELL**  
Ilustre periodista y político, que ha fallecido en Madrid

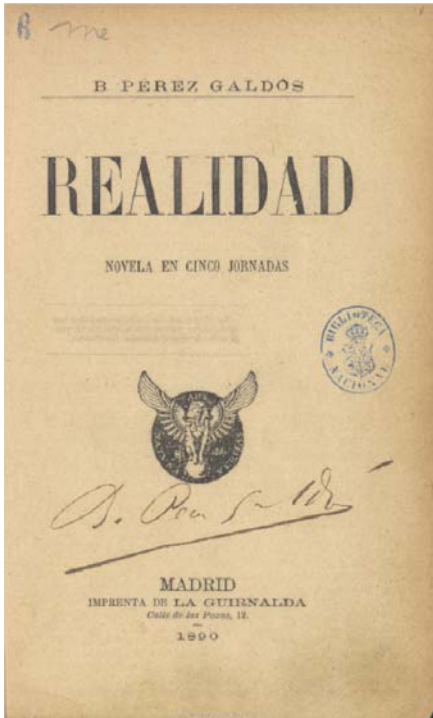
Burell, *Nuevo Mundo*, 28 de febrero de 1919



Esquela mortuoria, *El Imparcial*, 22 de febrero de 1919



Jean Béraud, *La Madaleine chez le Pharisien* (1891), Musée d'Orsay



Benito Pérez Galdós, *Realidad* (1890)

Feria del libro de Iznájar dedicada a Burell (2019). Cartel de Antonio Quintana

